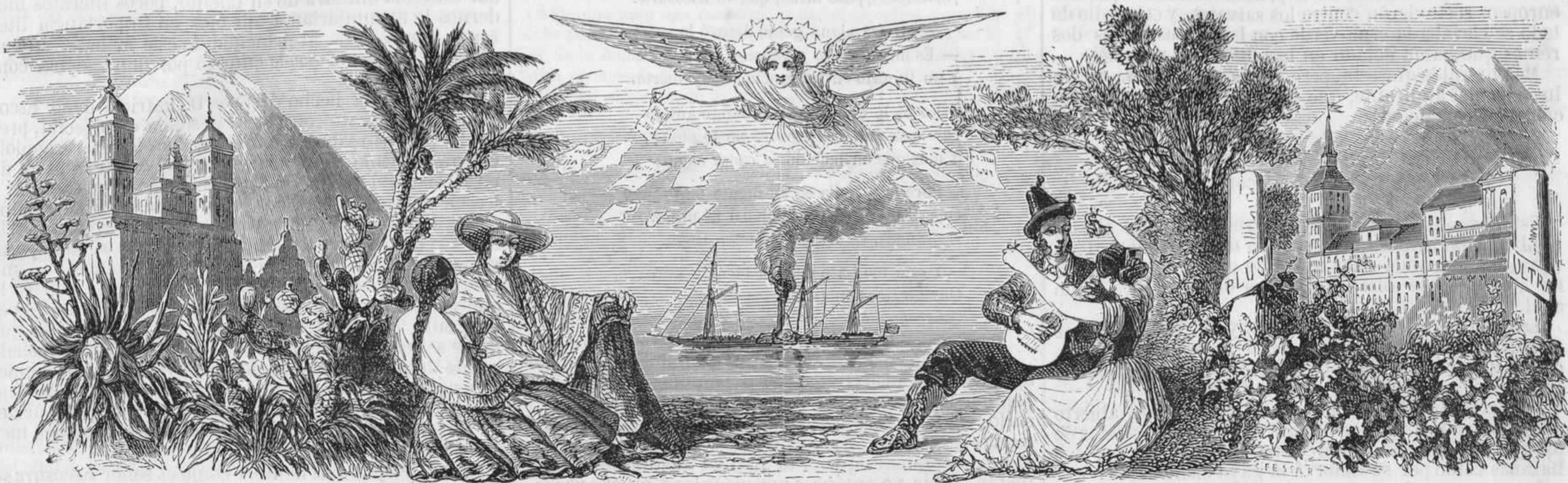


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 12. — N° 28.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO :

Recepcion de Cristóbal Colon en Barcelona; grabados. — Poetas españoles contemporáneos; D. Patricio Escosura. — Historia de la semana. — Su Majestad la Emperatriz de los franceses; grabado. — La Escultura en América; grabado. — Los Caprichos del corazón; novela. — La Regata en Venecia; grabados. — El hombre de la máscara. — Excursion sobre las costas septentrionales del mar Negro; grabados. — La Fiesta de los locos. — Cancion. — Una Historia de ayer. — El Portazgo del Nilo.

Recepcion de Cristóbal Colon en Barcelona en 1493.

Quando Cristóbal Colon desdeñado por los sabios de Salamanca se encaminaba tristemente hácia el convento de la Rabida donde habia hallado siempre un asilo en los dias de su infortunio, Isabel la Católica exclamó:

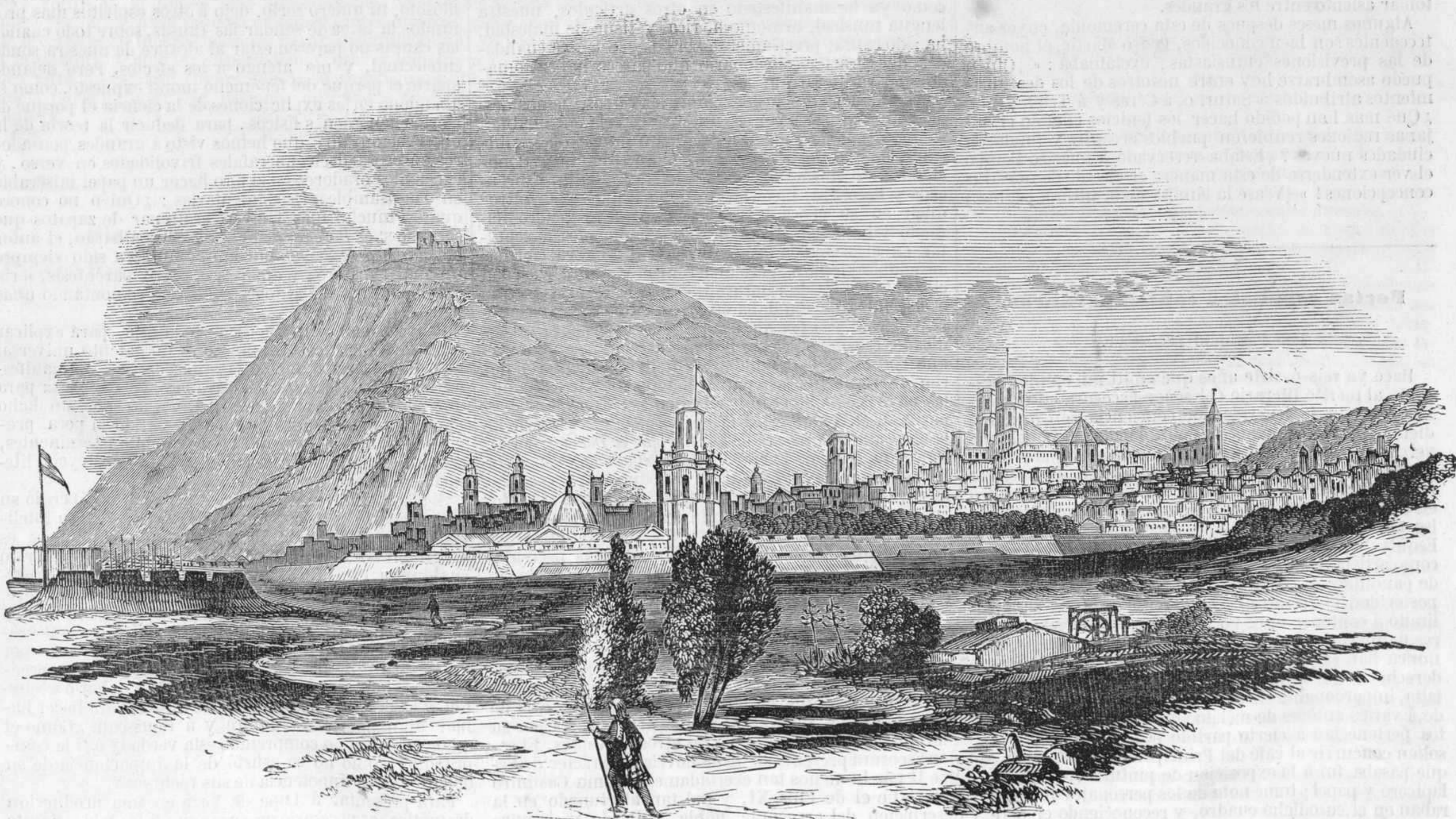
«Yo empeñaré si es necesario los diamantes de mi corona, y el genovés partirá.» Ocho meses despues de pronunciarse estas nobles palabras, y pocos dias despues de volver Colon, recibió en Sevilla á un mensajero de la reina que le remitia una carta cuyo estaba concebido en estos términos: «A D. Cristóbal Colon, nuestro Almirante en el mar Océano.» El dia en que llegó esta carta fué en realidad el dia del triunfo y seguramente el instante mas placentero que tuvo el grande hombre. Por este mensaje Isabel se asociaba con toda la gracia que la han reconocido sus contemporáneos á la gloria inmensa que habia sabido preveer. Las secretas alegrías que indemnizaron al noble corazón de los sufrimientos de que él mismo habla con tanta amargura, le encontraron en Sevilla. El triunfo de que el mundo entero debia ocuparse tuvo lugar en Barcelona.

Era el mes de abril de 1493: hacia un dia hermoso de primavera de aquellos que son tan puros y frecuentes en Cataluña. Las paredes de la ciudad y los buques del puerto se habian cubierto de banderolas. De las murallas y de los navíos se escapaban súbitos resplandores seguidos de mil detonaciones que se mezclaban al repique de las campanas, al clamoreo de las trompas y á los gritos de la muchedumbre. La campana de Santa Eulalia, patrona de la ciudad, esparcia en el aire

sus graves y agudos sonos á que contestaba por intervalos la de Santa María del Mar. Habia contento y algo de imponente en todo este ruido de una gran poblacion; celebrábase una fiesta sin nombre que nunca debia reproducirse.

Colon cavalgaba hácia la casa de la Diputacion, no solitario como el dia en que se dirigia al convento de la Rabida, sino rodeado de la pompa que pertenecia á los soberanos. Delante del cortejo marchaban alegres bandas de las tropas catalanas al son de los pitos y tambores; seguia un peloton de tropas castellanas que se distinguian por su aspecto bravo y marcial, y luego se veia al almirante, que cubierto con un suntuoso ropaje, montaba un soberbio alazan.

Siete indios que se habian cogido en diversas islas y que pudieron sobrevivir al viaje, caminaban en dos rangos yendo engalanados con todos sus adornos salvajes para la imponente solemnidad en que iban á desempeñar un importante papel. Sus piernas lucian ricos brazaletes de oro, y ostentaban en sus frentes preciosas coronas de plumas. Los primeros llevaban loros y guacamayos, que haciendo resonar sus gritos entre los del pueblo, llamaban sobre todo la atencion por su raro y brillante plumaje. Despues de los indios iban los voluntarios de la expedicion, que llevaban coronas



Barcelona

de oro, regalo de Guacanagari, ídolos de piedra que habían sido ofrecidos á Colon; cabezas cinceladas con los ojos de oro, que se hallaron en la isla de Cuba, caimanes con las bocas abiertas, tortugas terrestres, y por último *iguanas*, que habían perdido ya su azul celeste.

Otros marineros esgrimían en el aire ramas de palmera, conservando sus frutos secos: seguían otros con arcos de caña recogidos en el primer combate que los europeos sostuvieron contra los salvajes, y en medio de todo se elevaba la cruz verde con las armas de los dos reinos que había flotado en tan dilatadas regiones.

Mas humilde que esta, pero no menos gloriosa, venía luego la del almirante, que tenía la siguiente inscripción en letras de oro:

A CASTILLA Y A LEON
NUEVO MUNDO DIÓ COLON.

Esta leyenda tan sencilla que resumía tanta gloria, explicaba las armas que acababan de concederse al almirante, figurando estas un reino con un grupo de islas rodeadas de olas y áncoras de oro sobre fondo azul.

La comitiva desfiló rápidamente y no tardó en llegar al palacio conocido por *Casa de la Diputación*, que era donde los reyes de Aragón tenían su residencia cuando iban á visitar á sus súbditos de la Cataluña.

Dos tronos se habían levantado en un salon abierto á la muchedumbre, y en el cual se veían los retratos de los antiguos condes de Barcelona tan famosos por sus hazañas como por su amor á la gaya-ciencia.

Pero en vano los ojos hubieran buscado esas formas elegantes y ligeras de la arquitectura moruna de la cual hay tanta variedad en Granada. Desde el siglo IX, los moros habían sido echados de Barcelona, donde no habían logrado fundar un establecimiento que pudiera conservarse. Así es que las iglesias y los palacios reproducían las atrevidas formas de la arquitectura gótica, ó la arcada romana cuyos caracteres tienen tanta elegancia y gravedad. Como era grande la solemnidad que se preparaba, los dorados de los techos se habían retocado, y treinta estandartes tomados á los moros en Málaga y Granada, se inclinaban al lado de los tronos elevados á un extremo del salon.

Los reyes (así se designaba á los dos esposos) se habían cercado de todo su esplendor. Colon apareció ofuscando la gloria de los reyes: un confuso murmullo invadió la sala... ¡los reyes se levantaron para recibir al grande hombre!

Y el grande hombre puso una rodilla en tierra humillando su genio, entonces que como siempre pensaba en Dios. Isabel tomó la palabra ántes que Fernando, justo privilegio de quien había sabido comprender un pensamiento atrevido.

— D. Cristóbal Colon, nuestro almirante y virey de las Indias, dijo la reina; levantaos.

— La reina y el rey, mis señores, dijo Colon, me han ayudado y favorecido despues de Dios. Dígnense Vuestras Altezas darme á besar sus manos.

— Señor almirante, contestó á su vez Fernando, esas son demostraciones de vasallaje, y vos no debeis recibir aquí mas que demostraciones de honor. Sentaos, D. Cristóbal.

Colon besó la mano de su graciosa soberana, y fué á tomar asiento entre los grandes.

Algunos meses despues de esta ceremonia, cuyos antecedentes son bien conocidos, Pedro Mártir, el hombre de las previsiones entusiastas, exclamaba: « ¡Quién puede asemejar hoy entre nosotros de los descubrimientos atribuidos á Saturno, á Ceres y á Triptolemo? ¿Qué mas han podido hacer los fenicios cuando en lejanas regiones reunieron pueblos errantes y fundaron ciudades nuevas? ¿Estaba reservado á nuestro tiempo el ver extenderse de esta manera el círculo de nuestras concepciones! » (Véase la lámina de la última página.)

Poetas españoles contemporáneos.

DON PATRICIO ESCOSURA.

Hace ya seis ó siete años que emití mi opinion respecto al mérito literario del señor Escosura en una sátira que por la severidad de conciencia con que está dictada, ya que no por otras dotes, puede pasar por una verdadera crítica. El motivo de esta sátira era el siguiente: D. Antonio Esquivel, que es uno de nuestros primeros pintores, concibió la idea de hacer un cuadro en el cual se hallasen los retratos de todos los principales poetas y literatos de nuestra época; pero el señor Esquivel que tuvo un buen momento de inspiración como artista, rindió como hombre su tributo al espíritu de pandillaje, y el famoso cuadro que debía legar á la posteridad los retratos de los escritores de este siglo, se limitó á contener unos pocos poetas, algunos aprendices de literatos, y muchos aficionados á las musas, que nunca han salido si la lira debe pulsarse con la mano derecha ó con la izquierda. En cambio se cometió la falta, imperdonable en un artista, de condenar al olvido á varios autores de mérito superior, solo porque estos pertenecían á cierto partido político, ó porque no solían concurrir al café del Príncipe. Enterado yo de lo que pasaba, fuí á la exposicion de pinturas, provisto de lapicero y papel; tomé nota de los personajes que figuraban en el susodicho cuadro, y reconociendo el dere-

cho que algunos tenían á la inmortalidad, ó poco menos, hice la crítica de los otros en una sátira que publiqué bajo el epigrafe de « cuadro de Pandilla » de la cual tomaré aquí los siguientes versos:

« Busquemos en el cuadro otra figura,
Y apartemos la vista de la muerte.
¡Señores! ¡paso atrás, que va Escosura!

— ¿Quizá algun genio deparó la suerte?
— Es un poeta en invencion muy flojo,
Y un literato en presuncion muy fuerte.

No sé lo que dirá; mas tengo antojo
Que esta pulla á Escosura no le plugo,
Y más que un bofetón le causa enojo;

Porque él halla en su mente tanto jugo
Que ni una imágen le chocó ni un giro
De Dumas, de Balzac ó Víctor Hugo.

Y esto me hace reir, si bien lo miro,
Que no tiene motivos para tanto
Quién *La Corte* escribió del *Buen Retiro*.

Esto decia yo hace siete años cuando todavía obediente al impulso irreflexivo que en nuestro juicio imprimen los pocos años, el poco estudio, y debo confesarlo, algo de sistemático y rutinario relativamente á ciertas personas y á determinadas escuelas, abrigaba algunas opiniones que el tiempo ha modificado lógicamente. Tenia yo entonces por gigantes á muchos hombres, que hoy me parecen liliputienses; concedía el título de medianos poetas á otros que tengo ahora por abominables copleros, y creo que solo el señor Escosura ha conservado para mí en el mercado de las letras el mismo valor ó precio que tenia en aquella época; solamente este señor, tan flexible, tan variable como el barómetro que sigue ciegamente las caprichosas evoluciones de la atmósfera, continua para mí, al menos bajo el punto de vista literario, siendo el mismo hombre, idéntico, inalterable, casi incapaz de aumento ó disminucion, propiedad física de todos los cuerpos, circunstancia *sine qua non* de toda cantidad continua ó discreta; en una palabra, D. Patricio Escosura lo mismo hoy que cuando escribí la mencionada sátira

Es un poeta en invencion muy flojo
Y un literato en presuncion muy fuerte.

Y eso que este señor empezó su carrera por donde debía haberla concluido; es decir que se anunció bajo muy lisonjeros auspicios, pues haciéndole la debida justicia, diré que escribió una novela con el título de *Ni rey ni Roque*, llena de interés, de animación, y aun de buen estilo. Era esto en los primeros años de nuestra regeneración literaria producida en gran parte por la agitación política, y mientras algunos poetas consagraban sus inspiraciones al teatro, que es sin duda en lo que con un sello mas original y brillante ha descollado siempre nuestra literatura, otros hombres de gran talento se propusieron el laudable fin de despertar tambien el gusto á la novela, género abandonado en España ó por mejor decir, género desconocido; pues, como ya he manifestado en otros artículos, nuestra lengua musical, armoniosa, rica y llena de majestad, ha sido causa, precisamente por sus excelentes cualidades, del carácter estacionario que parece haber tomado nuestra literatura.

Alucinados con la cadencia de los versos, hemos desahogado la prosa, y por eso nuestra librería nacional tan sobrecargada de comedias, cuenta un número insignificante de novelas, y ninguna obra filosófica. Conociendo esto mismo los señores Larra, Villalta, Espronceda y Escosura, hicieron un noble esfuerzo por introducir en su época la novela, ese nuevo género llamado tal vez por sus favorables condiciones á sepultar en el olvido la poesía lírica ó dramática, formas agradables siempre, pero anacronismos en una sociedad cuyos intereses dan naturalmente á la ciencia todo lo que la imaginación daba en otro tiempo á las visiones fantásticas; y si por algo son dignos de censura los indicados escritores, es por haberse detenido en el camino que con tanta oportunidad é inteligencia emprendieron. Dieron á luz las cuatro mejores novelas españolas modernas, que eran las siguientes: *El golpe en vago* por D. J. M. Villalta; *Ni Rey ni Roque* por D. Patricio de la Escosura; *El doncel de D. Enrique el Doliente* por D. María, no José, de Larra; y *El Castellano de Cuellar* por D. José Espronceda. Estas cuatro producciones acreditan bien que nuestra lengua rival de la italiana en el verso, puede rivalizar tambien con la francesa en la prosa, y auguran un magnífico porvenir á nuestra literatura nacional que, seguramente plegándose á las necesidades del progreso humano reconquistará su perdido centro el día que nuestros claros ingenios tengan bastante valor para renunciar á ciertas preocupaciones, respirando el ambiente de la libertad, eterno alimento de la pasión y base natural de la inteligencia. Y he puesto á propósito en el segundo lugar al señor Escosura entre los cuatro citados novelistas, porque realmente su obra, menos literaria que la de Villalta, es superior á la de Larra y á la de Espronceda por su arte y hasta por su moralidad, aunque no lo sea en otros conceptos. El señor Escosura presentó en dicha novela el carácter de Felipe II por lo ménos tan acertadamente como Casimiro Delavigne el de Luis XI, y fué tan afortunado en la descripción del arrogante, noble, gallardo y siempre

misterioso *Pastelero de Maltrigal*, que consiguió interesar al lector en favor de su héroe, logrando conmover el corazón en el trágico desenlace. Las costumbres de la época están tratadas con profunda verdad en la novela *Ni Rey ni Roque*, rica de episodios interesantes y oportunamente enlazados á la acción, y no vacilo en decir que si el señor Escosura se hubiera limitado á dar esta sola muestra de su talento, pocos literatos modernos le aventajarían á mis ojos en importancia literaria. Por eso dije al principio de este artículo, que el autor de *Ni Rey ni Roque* empezó por donde debía concluir.

Pero ¿qué ha hecho despues D. Patricio de la Escosura? No contento con la gloria sólida de proscrita, pretendió la hueca satisfacción de versificador; pareciéndole miserable título el de novelista, deseó ganar la fama de poeta, como si Walter Scott tuviera nada que envidiar á Byron y George Sand no pudiera mirar á Lamartine frente á frente; dejó la lengua que habla al corazón y á la cabeza para emplear la que habla siempre al oído, pocas veces al corazón y casi nunca á la inteligencia; en una palabra, hizo versos, y no satisfecho de hacer versos, lo que ya es una debilidad, hizo versos malos, lo que es una falta con ribetes de crimen. ¡Es fuerte cosa que nadie se ha de contentar con el papel que providencialmente desempeña en el teatro de la vida! El barba quiere ser galán, este suele meterse á gracioso, y D. Patricio Escosura que hubiera llegado á ser un buen galante, ha preferido á esta gloria la de tocar los timbales medianamente en la orquesta.

Eso sí; cuando un hombre como el señor Escosura se mete en camisa de once varas, podrá pecar por impotencia, pero no por falta de atrevimiento, y puede decirse de estos hombres lo que cierto mendigo dijo de cierto rey de quien recibió la limosna de un ochavo: « El porté es de un Alejandro, pero la dádiva no es mas que de un Pedro Fernandez. » Ambicioso de gloria el señor Escosura en la poesía dramática, juego en que de seguro nunca le dará el naipe, hizo un drama titulado *La Corte del Buen Retiro*, queriendo pintar las costumbres del tiempo de Felipe IV, lo que á primera vista no es arco de iglesia; pero quiso hacer intervenir en el argumento á los grandes poetas de aquella época, y esto ya es mas que obra de moros y de romanos para un arquitecto que apenas merece el fuero de sobrestante. Allí aparecieron Quevedo, Lope de Vega, Calderon y otros grandes poetas, ensartando bufonadas, en lugar de agudezas ó dichos sentenciosos, en versos dignos de las coplas de Calainos. ¿Cómo el señor Escosura, hombre de tan claro juicio en su cuerda, no conoció la dificultad de salir airoso en tan alta empresa? Sin duda porque el teatro no es la cuerda del señor Escosura.

Es una gran fatalidad la que pesa sobre los hombres que, como Fray Gerundio de Campazas, abandonan los estudios para meterse á predicadores: no solo dejan de lucirse, sino que se deslucen; pudiendo representar algo mas que cero, representan algo ménos que cero; se parecen á esos genios libertinos que empiezan por no saber en que invertir sus rentas, y acaban por no saber cómo pagar sus deudas. ¿En qué consistirá esta diferencia? No lo sé, ni creo que pueda darse sobre este particular una razon satisfactoria; porque hay cosas que se observan y no se explican, como hay otras que se miran, y cuanto mas se miran ménos se ven. Yo que no soy filósofo, ni quiero serlo, dejo á otros espíritus mas profundos la tarea de sondar las causas, sobre todo cuando las causas no parecen estar al alcance de nuestra sonda intelectual, y me atengo á los efectos. Pero dejando aparte el porqué del fenómeno moral expuesto, como se abandona en las explicaciones de la ciencia el porqué de ciertos fenómenos físicos, para deducir la teoría de la observación, diré que hemos visto á grandes pensadores en prosa decir garrafales frivolidades en verso, y excelentes oradores en el foro hacer un papel miserable en las asambleas parlamentarias: ¿Quién no conoce que es mucho mas fácil hacer un par de zapatos que componer el *Barbero de Sevilla*? Sin embargo, el autor del *Barbero de Sevilla* puede que hubiera sido siempre un mal zapatero; y dicho sea entre paréntesis, sería cosa bien rara ver al maestro Rossini remontando unas betas.

Digo, ó mas bien, he dicho todo esto, para explicar cómo el señor Escosura que no es un talento universal ha podido hacer malísimos dramas despues de manifestar brillantes disposiciones para la novela, y hasta para que podamos comprender el porqué, no contento dicho señor con hacer malos dramas ha tenido la poca prevision de hacer jugar en ellos á hombres eminentes, como aquellos que componían la gloriosa pleyada literaria en tiempo de Felipe IV.

Si; lo repito, el señor Escosura se ofuscó, perdió su buen criterio invadiendo un campo vedado á su inteligencia. De otro modo hubiera comprendido, que si es difícil presentar en el teatro un personaje histórico cualquiera, esta dificultad sube de punto cuando el personaje es un sabio, y sobre todo un escritor célebre. Puede un hombre comun reproducir á César ó al Cid Campeador, héroes que ofuscan al público por sus bravatas, su mímica mas ó ménos exagerada y hasta por lo imponente de su traje ó de sus armas; pero se necesita un talento superior para presentar á Colon ó á Newton, y es preciso ser un Alejandro Dumas para hacer hablar dignamente á Voltaire y á Rousseau. ¿Cómo el señor Escosura no comprendió esta verdad? ó si la comprendió, ¿cómo no se asustó de la importancia de su objeto y de la impotencia de sus recursos?

Para presentar á Lope de Vega en una producción dramática, es necesario procurar que de los labios de este

personaje broten aquellos versos fáciles y cadenciosos que tan difícilmente pueden imitarse; es preciso que aparezca el pensador sin artificio con tanta elocuencia en el fondo como sencillez en la forma: en una palabra, es menester que el autor que á tanto se atreve sea casi un Lope de Vega. Para presentar debidamente á Calderon, es indispensable tener aquella fuerza, aquella energía, y aquella gala de imaginación que caracterizan al autor de *La vida es sueño*, y en fin para hacer hablar á Quevedo, no solo debe el autor ponerse á la altura de un genio original y sublime como poeta, observador y sentencioso como crítico, sino que además ha de remedar aquel estilo propio, peculiar del escritor en quien la forma sorprende y cautiva tanto como la idea; es decir que se necesita, lo que es dado á pocos hombres, y de todo punto imposible para el señor Escosura, ponerse al nivel de Quevedo. El señor Escosura no hizo nada de esto en la *Corte del Buen Retiro*, no porque le faltase la voluntad, sino porque se había echado encima una carga que solo podrían sostener muchos atletas reunidos. Hizo un drama sin piés ni cabeza en cuanto al argumento, y puso un diálogo insípido y flojo en boca de hombres favorecidos por el genio y por el ingenio, que es como si hubiera puesto una rueca en las manos de Gonzalo de Córdoba ó de Hernán Cortés.

Hizo mas que esto el señor Escosura: despues de esta deplorable muestra de su númer dramático, dió á luz otra producción con el estupendo título de: *También los muertos se vengán*, que era la segunda parte de la *Corte del Buen Retiro*; y seguramente, esta parte debía ser segunda, no solo por venir despues, y por el orden cronológico de los hechos que ofrecia, sino porque era mucho peor que la primera, y eso que la primera era bien mala. En esta ocasion el señor Escosura siguió las huellas de todos los poetas modernos que han dado las segundas partes de sus obras mas notables. Breton fué muy inferior á sí mismo en la segunda parte del *Pelo de la Dehesa*; Zorrilla dió una segunda parte de *El Zapatero y el Rey*, que tambien es peor que la primera, sin embargo de que la primera era detestable; y Rubí escribió tambien una segunda parte de la *Rueda de la fortuna*, que hubiera sido peor que la primera, si la primera pudiera ser peor que la segunda.

En fin, una de las producciones dramáticas ménos desgraciadas del señor Escosura es la que lleva por título: *Las mocedades de Hernán Cortés*. Esta es una comedia que no carece de movimiento en la accion ni de gracia en el diálogo; pero tiene como todas las obras del autor una versificación mediana, y además el protagonista carece en ella de dignidad, pareciendo mas bien un baratero que un héroe. En suma, el talento dramático del señor Escosura es nulo, cuando no negativo, y no quiero decir nada de su aptitud para la poesía lírica de que tambien ha dado algunas muestras, porque no se crea que abriga mala voluntad contra un hombre en quien reconozco buenas dotes literarias, y estimables facultades oratorias, lo que siempre supone talento, y alguna instruccion. Si el Señor Escosura se hubiese limitado á escribir novelas como *Ni Rey ni Roque*, artículos políticos como los que publicó en *El Universal*, y discursos como los que ha pronunciado desde que cayó del ministerio, puede que á estas horas le tuviera yo por un gran poeta; pero cometió la falta de hacer versos y, lo que es mas imperdonable, versos malos, por cuya causa no deja de haber jueces severos que le consideran incapaz para las letras, insignificante en la tribuna, y flojo en el periodismo, que es todo lo que contra un espíritu envaneido de su propia omnisciencia pueden hacer las pasiones enconadas de los hombres.

J. M. VILLER GAS.

Historia de la semana.

El antiguo Paris desaparece, y de sus ruinas se levanta una ciudad á la inglesa, con calles anchas y largas tiradas á cordel, con plazas de arquitectura uniforme, en una palabra, con todas esas bellezas que sabe prodigar en sus creaciones el arte moderno. Pero si tantos embellecimientos hermean la capital de la Francia hasta el punto de ponerla desconocida para sus propios hijos, tambien la quitan al mismo tiempo toda esa historia de recuerdos que la tradicion local conserva religiosamente como una preciosa herencia transmitida de padres á hijos, á la vista de los mismos lugares que están presentes como atestiguando la verdad de los hechos que á ellos se refieren. Así sucede que este cataclismo de demoliciones que sufre Paris en el día, y á cuyo furor se hunden en la nada, no diré casas ni calles, sino barrios enteros, se oyen contar historias relativas á edificios reducidos á escombros, que sorprenden ó admiran á la muchedumbre, y á todos interesan. Apresurémonos, pues, á recoger alguno de esos recuerdos próximos á perderse, aunque el hecho que vamos á contar está consignado en los anales judiciales, y aun debería figurar entre las causas célebres.

Habia, pues, en la calle de Saint-Denis una casa señalada con el n.º 113 que ha debido desaparecer para abrir paso á la nueva calle de Rivoli, ancha y larga calzada donde podria ponerse un buen camino de hierro, en la cual ocurrió la primera escena de un drama terrible del que vamos á dar aquí los pormenores, sacados de varios manuscritos de la Biblioteca, y que han publicado en esta semana los periódicos:

En el año 1766, un jóven de 23 años llamado José Roux, hijo de un rico comerciante de Lyon, estaba empleado en una tienda de sederías de la calle de Saint-Denis; su padre le había enviado á Paris á que aprendiese, para que despues supiese dirigir su establecimiento.

En el número de las personas que solian concurrir á la tienda, se contaba una jóven de unos diez y ocho años, sumamente hermosa, que se llamaba Antonina, y pertenecía á la familia Pezza, oriunda de la Córcega, y establecida hacia poco en la capital, donde ocupaba en la calle de Saint-Denis n.º 113 un cuartito bajo que daba á la calle. La jóven vivia con sus padres y con dos hermanos, que se llamaban Antonio y Juan.

Antonina salió una mañana, y no se la volvió á ver bajo el techo paterno en todo el día. Por fin, cuando llegó la noche, el jefe de la familia recibió una carta, que abrió al punto, pues habia reconocido la letra de su hija.

He aquí el contenido de la carta:

« A mis queridos padres y hermanos:

» He manchado el nombre de los Pezza, y no me queda otro recurso que la muerte. Cuando leáis esta carta, ya estaré yo en el Sena; podréis decir que ha sido una desgracia involuntaria. Mi seductor es José, el empleado de la tienda de sedas donde he ido á comprar algunas veces; me habia prometido el matrimonio, y ahora ya no quiere casarse conmigo. Rogad á Dios por mi alma, pero vengadme ántes.

» ¡Adios!

» ANTONINA. »

Aterrados con esta noticia, los Pezza se quedaron sin aliento; pero saliendo al cabo de su estupor, resolvieron explorar las márgenes del Sena, y para ello convinieron en dirigirse cada uno por un sitio diferente, debiéndose reunir todos á las doce de la noche en frente de la plaza de la Grève.

En efecto, á la hora y en el sitio indicado estaban allí el padre, la madre y Juan, que era el mayor de los dos hijos. Sus investigaciones habian sido infructuosas en medio de una noche oscura y con la lluvia fina y glacial que caia. Antonio no llegaba, y la familia se disponia á volver á casa despues de haberlo esperado largo rato cuando vieron en el río una lucecilla: era un bote que se adelantaba á aquel sitio con una linterna, y en él venia el cadáver de Antonina.

El cuerpo de la jóven se llevó á casa, y poniéndole encima de la mesa, la madre y los dos hermanos extendieron sus manos sobre él, y juraron la *vendetta*.

El padre se habia quedado en un rincon, indiferente en apariencia á lo que pasaba; al otro día cayó en cama, y veinticuatro horas despues ya no existia.

Esta doble muerte, el sombrío dolor de los Pezza, y el juramento sobre el cadáver que habia sido oido por un transeunte que atravesaba la calle á aquellas horas, conmovieron vivamente á todo el barrio José Roux, lleno de remordimientos y de espanto, se fué de Paris, y se refugió en Lyon en casa de su padre, devorado por una tristeza de que nada podia distraerle.

M. Roux se retiró del comercio, y dejó á su hijo único al frente de los negocios; José llenó sus deberes con mucha inteligencia y actividad, pero su tristeza era siempre la misma. Solo una cosa parecia consolarle por momentos, y era el vivo cariño que profesaba á su hermana Claudia, jóven de diez y siete años, rubia, pálida, y de un carácter melancólico, que como todas las organizaciones femeninas en que predomina el sistema nervioso, sufría alucinaciones por la noche, esto es, oia voces durante su sueño que la pronosticaban una muerte trágica y prematura.

Por la tarde se iba á pasear hácia las rocas que se ven en las orillas del Ródano; los médicos habian aconsejado al padre que la dejara sola en estas peregrinaciones que á veces se prolongaban hasta muy de noche. Los pestadores supersticiosos veian en Claudia una de aquellas apariciones de las leyendas que tantas veces les habian contado en su infancia.

A pesar de estos caprichos raros, la hija del comerciante era muy estimada; los pobres la querian mucho, y un chiquito saboyano llamado Periquillo la habia consagrado un amor entrañable. Todos los días iba á su ventana á cantar alguna cancioncilla, y no se retiraba sin haber recibido además de la limosna alguna caricia ó una de esas dulces palabras tan lisonjeras para los infelices niños que no tienen madre.

Por esa época habian abierto una posada dos forasteros en el sitio llamado la Cuesta Grande: con ellos estaba una mujer anciana.

En la noche del 25 de junio de 1767 estalló una fuerte tempestad en Lyon. Periquillo, sorprendido en el campo por los truenos y los rayos, se metió en la posada de la Cuesta Grande, y se escondió en una especie de cueva que habia debajo de una escalera con trastos viejos.

Cansado de lo que habia corrido, el jóven saboyano se durmió. Durante su sueño entró un mozo de la posada sin verle, cogió una pala, y se retiró cerrando exteriormente la puerta de la cueva.

La tempestad se habia calmado, y habia salido una luna muy clara. Claudia estaba agitada por la electricidad de la atmósfera, y conociendo que no podria dormir en muchas horas, quiso ir á ver el Ródano conmovido aun con la tormenta. En efecto, se echó un vestido, cogió su manto y salió; mas como nadie habia notado su partida, no enviaron detrás de ella á un criado, como siempre hacian.

Hasta el día siguiente no se descubrió su ausencia; cuántas investigaciones se hicieron para encontrarla fueron vanas. José y su padre estaban sumergidos en la desesperacion mas completa.

El 30 de junio, un pescador llamado Rozier sacó del río un cadáver de mujer: era Claudia. Se formó una causa, y los médicos declararon que la jóven habia sufrido un odioso atentado, y que la habian ahorcado ántes de echarla al agua.

Un crimen tan horrible dejó consternado á todo el mundo. La causa no daba ningun resultado, pues nada podia averiguarse.

Una mañana que José iba al tribunal á ver si se habia descubierto alguna cosa, se encontró con Periquillo, que se agarró á sus vestidos, diciéndole:

— En nombre de vuestra hermana, escuchadme.

— ¡De mi hermana! ¿qué hay? Habla.

— Aquí no; en vuestra casa.

— ¿Porqué?

— Conozco á los asesinos.

Algunos instantes despues, el saboyano y José se hallaban en el cuarto del último. Periquillo contó cómo habia entrado en la cueva de la posada donde se habia dormido: despertado por el ruido de una lucha, habia distinguido un horrible espectáculo por entre las rendijas de la escalera; en el comedor de la posada habia tres personas, que eran los dos posaderos y la madre que tenian en el suelo á la desgraciada Claudia.

— Tu hermano, le decia uno de ellos, ha deshonrado á nuestra hermana que ha muerto; tú serás deshonrada, y morirás luego.

La escena se concluyó ahogando á la jóven.

Periquillo quiso gritar, pero su voz se detuvo en su garganta; cuando logró abrir la puerta, todo estaba acabado.

El saboyano conoció que puesto que no habia podido impedir el crimen, debía tratar de que no quedara impune. Con este fin siguió á los asesinos, que celebraron consejo en el corral: uno de los hermanos echó el cadáver al pozo, pero la madre le criticó, y le dijo:

— Si la justicia viene aquí lo visitará todo; el Ródano no está lejos; echad allí el cadáver, pues su rápida corriente le llevará lejos en pocos minutos.

Esta opinion prevaleció: uno de los Pezza (pues eran ellos, y José los conoció por las señas que le dió Periquillo), atado á una soga bajó al pozo y sacó el cadáver. Luego le llevaron adentro, le envolvieron en una mala sábana, Antonio se le cargó á hombros, y los tres salieron de la posada, la madre delante con su linterna, Antonio enseguida con el cadáver, y Juan detrás, alerta para evitar un mal encuentro.

Periquillo les seguia deslizando en la sombra junto á las paredes de las casas; como era muy pequeño é iba descalzo, no le habian visto ni oido.

Esta siniestra procesion bajó hasta el muelle del Ródano, desde donde se arrojó el cuerpo muerto á las aguas.

José Roux, despues de haber oido atentamente esta revelacion, llevó á Periquillo ante los magistrados. La criatura repitió lo que habia dicho con todos los detalles, de un modo claro, y empleando términos que parecian venirle á la boca por una inspiracion divina.

La justicia prendió á los Pezza, que al punto confesaron su delito, vanagloriándose de haber vengado á su hermana.

En el curso de los debates se volvieron atrás de su confesion, suponiendo que únicamente habian dicho que su venganza habria sido excusable, y añadieron que se les atribuía el asesinato porque tenian motivos de odio contra José Roux.

Esta causa metió un ruido extraordinario, habiendo tomado parte en ella los jurisconsultos mas célebres de aquel tiempo. Por último, despues de muchas discusiones, el tribunal criminal de Lyon, el día 23 de diciembre de 1767, declaró absueltos los acusados.

Los Pezza puestos en libertad vendieron inmediatamente su establecimiento, y salieron de Francia.

Un mes habia pasado despues de estos sucesos. José mas sombrío que nunca estaba sentado en su despacho haciendo números, que veia teñidos de sangre, cuando un hombre entró en la tienda, le arrojó delante una carta sellada de negro, y desapareció sin que José tuviese tiempo de decirle una sola palabra.

La carta contenia las líneas siguientes:

« Deshonor por deshonor,
» Muerte por muerte.

» Somos los asesinos de tu hermana, como tú fuiste el asesino de la nuestra. Seductor de Antonina, acuérdate de sus hermanos.»

Pocos días despues, José Roux entraba en una casa de locos.

Pero no queremos dejar á nuestros lectores oprimidos bajo el peso de tan lúgubres historias. Afortunadamente la crónica semanal nos suministra materia en que elegir, pues como nos hallamos en época de mudanzas y de viajes, naturalmente se zanján muchos negocios, y se ajustan cuentas atrasadas.

Estos últimos días se ha hablado mucho en ciertos círculos de la separacion judicial de dos esposos que pleiteaban hacia tiempo por romper los lazos conyugales.

Esta clase de divorcio, llamada separacion de cuerpo ó de bienes, es bastante comun en Paris; las leyes humanas son mas sensibles que la iglesia á las desgracias de un mal himeneo; es cierto tambien que cuando un simple alcalde tiene facultades para unir á dos personas en matrimonio, ¿porqué un juez no ha de tener derecho para desatar el lazo?

El caso es, pues, que nuestros dos esposos no podian pasar una hora juntos. El marido se quejaba del carácter variable de su mujer, de sus caprichos y de su prodigalidad, que es á lo que se reduccion sus defectos; y la mujer estaba quejosa del marido, nada mas que porque era un avaro que la privaba de tener coche y palco en la Opera, cosas indispensables para una señora de gran tono.

Sin embargo, sin querer disculpar al marido, bueno será decir que el infeliz apenas poseia doce mil francos de renta, suma que Balzac habria declarado suficiente para morir de hambre.

El marido, sin embargo, puso una condicion á los proyectos de rompimiento de su esposa, y fué la de que no la daria un cuarto de pension, á lo que respondió el abogado de ella: — Está corriente.

— ¿Y qué es lo que piensa hacer? decia el marido; no tiene nada; me casé con ella contando con una herencia que hasta el día no ha llegado; en suma, no tiene derecho mas que á unos mil duros que su madre la dió para alfileres: medrada estará con esto.

Hay muchas mujeres que con ménos que esto son muy ricas, pero la señora de que hablamos está al abrigo de toda sospecha; su mismo marido pondria por ella las manos en el fuego.

No obstante, pronunciada la separacion judicial, y muy bien

convenidos los esposos en no volverse á reunir en esta pícara tierra de miserias, la viuda, con un marido en vida, está haciendo prodigios con los mil duros que recibió al salir de la casa conyugal; tiene un palco en la Opera, carruaje, caballos y criados con librea; se la ha visto en el teatro cubierta de diamantes, ha comprado un magnífico palacio y una hermosa casa de campo.

— ¿Qué significa esto? exclamó el marido atónito con lo que veía.

Significa únicamente que su señora esposa jugaba en la Bolsa hacia meses, y que despues de haber realizado enormes beneficios, se empeñó en pleitear contra el marido por obtener una separacion judicial á fin de sustraer sus bienes de la administracion de su esposo, y para poderse entregar sin freno á la vida opulenta que ha sido el sueño de toda su vida.

Ya lo logró, y el marido desesperado por haber dejado escapar esa fortuna que hubiera podido administrar en su calidad de jefe de familia, está viendo con dolor como su antigua se-

ñora disfruta hoy en el campo de todos los goces que procuran el oro y los billetes de banco.

No hay como la Bolsa para obrar semejantes maravillas. Las grandes y frecuentes fluctuaciones de los fondos y valores públicos han elevado y arruinado á muchos en estas últimas semanas: aparecer y desaparecer, brillar y apagarse, tal es el espectáculo que se renueva sin cesar en este teatro de magia.

MARIANO URRABIETA.

3 de julio de 1853.



SU MAJESTAD LA EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES.

Los muchos retratos que se han hecho en París de la emperatriz Eugenia, y los que se ven en este momento en la exposición de pinturas, nos han facilitado nuestra tarea de dar en nuestro periódico la imagen de nuestra compatriota. Si debemos decir el motivo que nos ha impedido hasta el dia este homenaje, podrémos decir que

no ha habido otro que el de no haber hallado aun una copia fiel que corresponda con el sentimiento de aquellos que han podido contemplar el modelo.

Hemos elegido entre los infinitos retratos que se han hecho de la emperatriz Eugenia, aquel que nos ha parecido mas exacto, pero sin que por eso pretendamos

haber llegado á la exacta reproduccion de la augusta persona retratada. De todos modos lo publicamos con el deseo de agradar á nuestros lectores y con la esperanza de mejorarle otra vez y aun otras veces, pues no faltarán las ocasiones de renovarle á propósito en nuestras columnas.

La escultura en América.

HIRAM POWERS, ESTATUARIO NORTE-AMERICANO.

La escultura de los Estados-Unidos se resume á estas fechas en un solo hombre, artista de genio, modelista, lleno de gusto y delicadeza, cincelador atrevido y gracioso. Este hombre, hijo de sus obras, que es la mejor de las alumnas, artesano de su gloria, se llama Hiram Powers, y reside actualmente en Florencia. Allí es donde un corresponsal ha dibujado el interior del taller del Fidias americano, que acompaña este artículo.

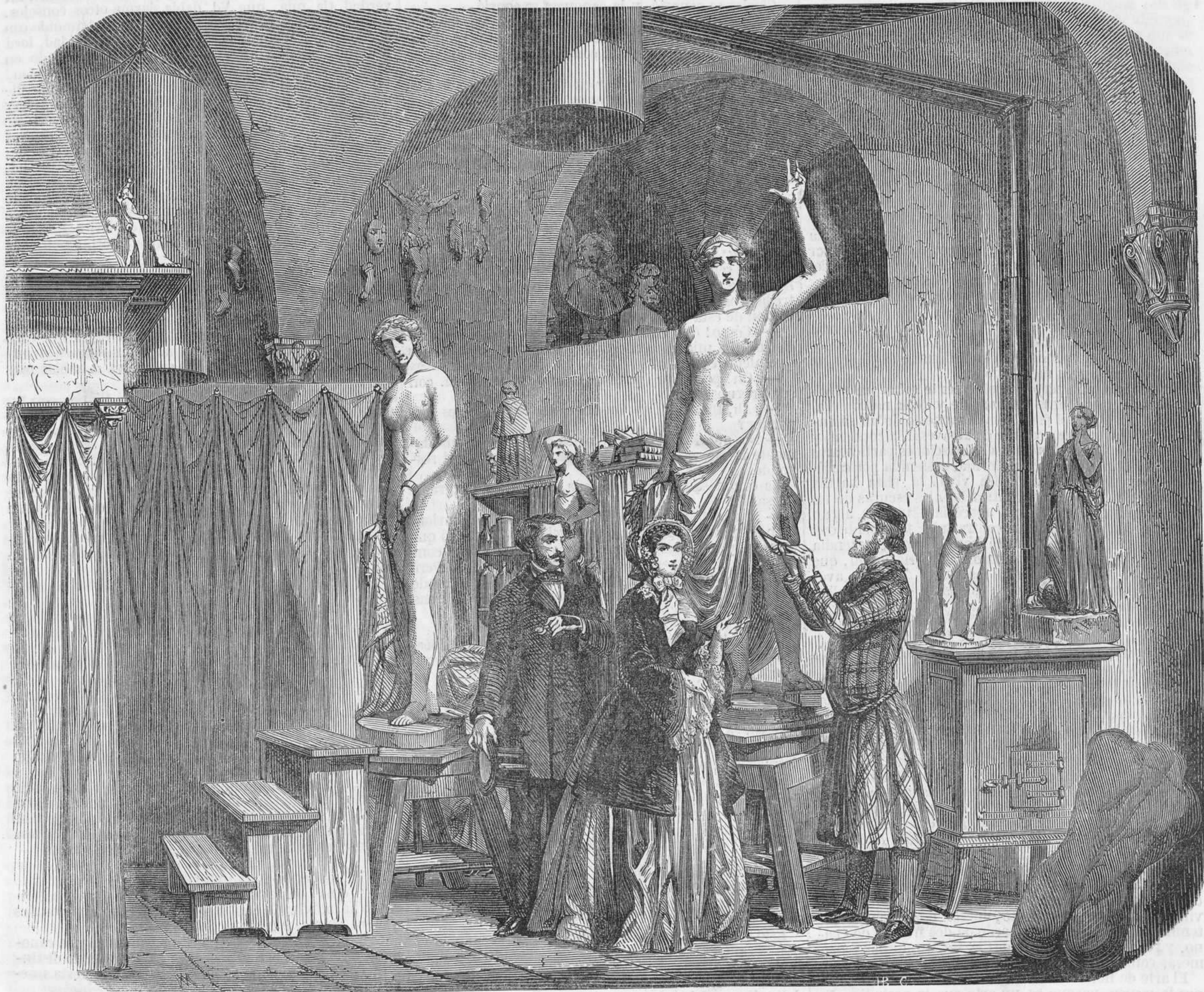
La vida de Powers es una odisea curiosa, sembrada de acontecimientos imprevistos, que merecen mención en un periódico como el nuestro. Nacido en Woodstock, en el Vermont, uno de los estados de la union, Powers, manifestó desde su mas tierna infancia un gusto tan pronunciado por el dibujo y la escultura, que

á los doce años apreciaban sus ensayos los inteligentes de Cincinnati, residencia de su familia. Solo, sin consejo, sin una mano hábil que dirigiera la suya, Powers trabajó con ardor, y á los diez y siete años se dirigia decididamente á Washington, confiando en sí mismo para pretender del presidente, con apoyo de sus amigos, que se le mandara hacer alguna estatua, algun busto que fuera colocado en el capitolio.

Antes de referir el éxito que tuvo el estatuario en Washington, conviene referir los trabajos que ejecutó en Cincinnati. Independientemente de muchos bustos de yeso y mármol hechos con una habilidad notable, Powers habia hecho un contrato con un francés, M. Dorfeuille, director de un gabinete de figuras de cera y de objetos de anatomía, hacerle figuras, cráneos, brazos, piernas, entrañas humanas y otros artículos de anatomía descriptiva.

En *Western-Museum*, especie de almoneda, en que se amalgamaban objetos curiosos de China con animales

disecados, armas de salvajes, frascos de aguardiente, con culebras enroscadas; en que cantantes negros chillaban juntamente con monos domesticados, y papagayos, Hiram Powers exponia una coleccion de cabezas de cera, representando, no solamente á los hombres mas célebres de su país, los Washington, Franklin, Webster, Van Buren, Jackson y otros oradores y diplomáticos, sino tambien á otros originales, cuyo tipo excéntrico habia inspirado al artista expresivas caricaturas. Se cita, entre otras, en Cincinnati, la figura del mismo Dorfeuille, que Powers reprodujo en cera, y cuyas facciones imitó tan bien, que todo el mundo acudia á *Western-Museum*, para ver tan admirable caricatura, y aplaudir la humorada del que habia reproducido tan fielmente el Chodruc-Duclos de Cincinnati. Tambien se citan, como obra maestra de mecánica y paciencia, una coleccion de figuras de movimiento que llevaron á su colmo la reputacion del jóven estatuario. Esta exposicion se llamaba « las regiones infernales, » sea á



Taller del escultor americano Powers en Florencia.

causa de la sorpresa que sentia el espectador viendo andar y gesticular seres muertos hacia tiempo y cuya semejanza era muy singular, sea tambien á causa de las estatuas, que representando á Satanás, y su corte de esqueletos, se agitaban en aquel pandemonium americano.

A pesar de la escasa retribucion que daba Dorfeuille á Powers por sus muchas obras, ayudado por un amigo reunió los fondos necesarios para irse á Washington, á hacerse pretendiente. Muchas decepciones sufrió en la metrópoli, pero por último, su talento se dió á conocer, encomendáronse algunos trabajos, y respondió con honra á la confianza de los que pusieron á prueba su habilidad.

El favor de un hombre generoso, un verdadero Mecenas, M. Nicolás Doogworth, el mismo, que cual otro Noé, ha propagado la viña en el centro de los Estados-Unidos, ha permitido á Powers el venir á estudiar su arte en Italia. Despues de rodar de un punto á otro, Hiram Powers se ha establecido en Florencia, y allí, en contacto con los Thorwaldsen y otros estatuarios céle-

bres, se ha hecho el mejor artista en su género que poseen los Norte-Americanos. Ya ha hecho mas de doscientos bustos y una quincena de estatuas. La mayor parte de estas obras han sido modeladas en arcilla; pero ahora Powers emplea el yeso, y con un procedimiento y útiles de su invencion, trabaja esta materia dura con mas facilidad que si fuera cera ó arcilla. Segun su antojo, puede separar las partes diversas del cuerpo, volverlas á juntar, cambiar la postura, sin mucha dificultad, solo con un poco de yeso y agua; mientras que por el antiguo procedimiento el escultor está siempre obligado á sostener su estatua con un trozo de madera y barras de hierro. Segun Powers, la mayor ventaja del yeso es que se puede acabar el modelo tan perfectamente como si fuera hecho con mármol de Carrara.

Los que han visitado la exposicion universal de Londres han admirado la bella estatua de Powers que señalaba el libreto con este título. « La esclava griega, » y que puede llamarse la obra maestra del artista americano. Al ver la gracia de las formas, la castidad que

expresa, á pesar de su desnudez, la finura de sus extremidades, la virginidad de su graciosa frente, se adivina con facilidad que el autor se ha inspirado con los obras de Rafael y Miguel-Angel. Todos han elogiado unánimemente esta estatua, digna de rivalizar con las mejores de Canova y de Pradier. Duret hubiera podido aceptar la paternidad del « jóven Pescador, escuchando el ruido de una concha marítima » que encantaba la vista por sus delicadas formas, la regularidad y viveza de sus facciones, y la sencillez de su posicion.

En este momento, Powers trabaja una gran figura que representa el *Genio de América*.

Esta es la primera que aparece en el primer término del grabado. Cuantos han tenido la honra de visitar el taller del estatuario declaran de comun acuerdo que la obra merecerá la aprobacion de todos los inteligentes. Esta estatua debe de ser colocada en uno de los salones del capitolio de Washington.

Al empezar este artículo hemos dicho que Powers representaba solo la escultura de los Estados-Unidos. Tal vez seria injusto rehusar toda capacidad á algunos otros

estatuarios que trabajan para conquistar un buen lugar entre los artistas del Nuevo-Mundo. Con este motivo nos complacemos en nombrar después de Powers, á Greenough, que ha modelado la estatua colosal de Washington, colocada sobre un zócalo de mármol, en el centro del square situado al Este del capitolio de la metrópoli americana; y entre los pintores á West, Leslie, Powels, Hunt y Darley.

B. H. R.

LOS CAPRICHOS DEL CORAZON.

NOVELA.

El corazón de una mujer es un pedazo de cielo, pero también tiene como él su noche y su día.

(BYRON.)

I.

Acontecía esto en una casa de campo de los alrededores de París, habitación deliciosa levantada en un sitio pintoresco, en el único paisaje un poco montañoso que se encuentra en diez leguas á la redonda.

El día del suceso, uno de los más hermosos del mes de agosto, el sol se puso entre un océano de llamas, y las anchas franjas de púrpura que acompañaban su carro, permanecieron en el horizonte más de una hora después que hubo desaparecido su último rayo. La noche comenzó, pero una de esas noches tan luminosas y templadas que vienen á ser una precoz aurora del día que la va á seguir. El alma y el cuerpo, abrumados por el calor canicular, no se reaniman hasta esta hora del crepúsculo, en que las primeras brisas de la noche humedecen sus alas con el rocío, y levantan al pasar los perfumes delicados de las flores.

La condesa Clarisa de R.***, que era la propietaria de este pequeño dominio, se puso al balcón, abierto de par en par, y apoyándose en su balaustre de piedra, se entregó á profundas meditaciones.

Este balcón caía perpendicularmente sobre un precipicio, obra juntamente del hombre y de la naturaleza. Llegábase á él por el piso bajo, compuesto de un saloncito de trabajo, que acababa de atravesar la condesa, y de un tocador contiguo á las habitaciones particulares de esta señora. De esta plataforma, sostenida por cariátidas apoyadas sobre la piedra viva, la vista bajaba unos treinta pies para encontrar las olas oscuras de un follaje espeso, entra las que aparecía á trechos algún pedernal blanquecino, que contrastaba felizmente con aquella sombría verdura. El hoyo, que se extendía hasta la llanura, servía de madre á un riachuelo, que alimentaba la frescura entre los sauces, álamos, avellanos y acacias plantados á sus orillas, ó en el declive de la barranca.

El silencio había bajado con las tinieblas á aquella copada garganta. Los pájaros se habían acostado, y para llegar á percibir el más ligero ruido, era preciso que suspirara una náyade, oculta bajo las ondas.

La condesa suspiraba también. Era mujer pequeña de veintidos años, de buenas formas, fisonomía picante y muy blanca, con cabellera negra, que la realzaba. Pero lo más notable que tenía eran sus hermosos ojos. En la graciosa postura que había tomado, la megilla apoyada en su mano, y el codo en el balaustre, bajaba y levantaba sucesivamente sus miradas, que pasaban así de los oscuros reductos de la hondonada á la serena extensión, donde comenzaba la noche á encender sus lámparas de oro. El movimiento lánguido de sus pupilas aumentaba su brillo, semejante al del carbúnculo que refleja la luz de mil bugías. Algunas veces, el fuego de una estrella caía sobre aquella hermosa mirada, y esparcía sus llamas por las facciones de la pensativa dama. Delicioso espectáculo, seguramente; pero lo que vino á completar el encanto, fueron dos lágrimas que temblaron un instante al borde de dos franjas de ébano, y rodaron por el rostro de Clarisa, tranquilas y hermosas como la noche que bajaba.

El arte de llorar es el que debía de ambicionar menos la mujer, porque es un arte que la perjudica. Yo se lo pregunto á las mujeres, ¿cómo prescindir de hacer llorar á una querida que parece mil veces más seductora, bañado su rostro en llanto? Por lo demás, las mujeres que saben llorar tienen para sus dolores un alivio lleno de atractivo. ¿Cuán dulce no es la tristeza, cuando puede ofrecerse bajo tan precioso atavío!

El ruido que hizo un criado rodando un sillón hasta cerca de la puerta vidriera, sacó á la condesa de sus tiernas imaginaciones.

Poco después apareció una doncella dando el brazo á una anciana señora, que se apoyaba además para andar en un bastón con muletilla de marfil. Esta venerable señora era llamada la señora canonesa Aurelia. Era una tía materna de la condesa. Antes de la revolución había sido agregada al capítulo de las damas de Auteuil, y su edad podía estar entre setenta y setenta y cinco años, pero tenía una excelente salud, y mostraba todavía una alegría y actividad de imaginación muy notables. La banda de canonesa, insignia que jamás dejó de llevar, resaltaba sobre su ancho ropaje de seda, color de pulga, dándole cierta importante gravedad, á pesar de su baja estatura y su temblona cabeza.

Cuando se hubo sentado, y después que la doncella le acercó un taburete para que apoyara en él sus pies calzados con chinelas de tacones encarnados, despidió á esta con un gesto amistoso, y dirigió la vista á su sobrina. Alargando en seguida la muleta hácia el brazo de la condesa, atrájola suavemente junto á ella, arrancando por segunda vez á Clarisa del triste encanto que le inspiraban, al parecer, sus pensamientos.

— Hija mía, la dije con un metal de voz que aun conservaba agradable sonido, mucho me alegraría de saber lo que estás diciendo á las estrellas. ¿Les recitas, por ventura, alguna epístola en versos heroicos de Colardeau?

— ¡Ay! tía mía, no las trato con tantos cumplimientos, contestó Clarisa afectando cierta indiferencia, que causó su afecto; no hago absolutamente más que bostezar en sus bigotes.

— En ese caso bostezas alegremente, aunque, si no me engaño, lo haces con acompañamiento de lágrimas.

Clarisa se sonrojó, y la canonesa se sonrió.

— En tu lugar, querida, continuó esta, yo me iría buenamente á acostar: dos noches hace que no duermes más que un ladrón. Si continuas así, acabarás por estropear tus nervios.

Clarisa no pudo dominar cierto movimiento de impaciencia que volvió á hacer sonreír á su señora tía.

— ¡Ea, enhorabuena! añadió en seguida, no durmamos, puesto que así lo quieres. Así como así, nosotras las mujeres ganamos poco con dormir cuando sentimos cierto malestar, porque lo mismo lo sentimos soñando que despiertas.

La canonesa tenía una expresión favorita; ella decía siempre: « Nosotras las mujeres, » desde que había dejado de serlo. Pero preciso es tolerar algo á los viejos.

Clarisa se volvió hácia su tía, la cogió la mano distraída, y la acercó, no obstante, á sus labios; en seguida se sentó en el taburete, donde solo apoyaba la canonesa la punta de sus chinelas, y colocó su cabeza entre las rodillas de la dama. Pero no respondió á la reflexión de esta más que con un suspiro.

— ¡Cómo! dijo con viveza madama Aurelia, ¿sería cierto, hija mía, que vuestros pesares son de aquellos que alejan el sueño?

— ¡Oh! por favor, querida tía, no me acose Vd. con sus preguntas.

— ¡Ah, Dios mío! eso me inquieta más; ¿temes responder?

— No, querida tía, dijo Clarisa, meneando pausadamente la cabeza, pero temo faltar á la verdad, si respondo.

La canonesa soltó la carcajada, porque le hizo gracia tal salida.

— No insisto pues, Clarisa, continuó en tono burlón. Bien sé que las mujeres no se revelan más que lo que quieren, y que usar de artificios para obtener una confianza es tiempo perdido; lo mejor es aguardar. Pero al fin, mi discreción merece bien una recompensa; todo lo que te exijo es que me contestes sinceramente á una pregunta que voy á hacerte.

Clarisa dirigió á su tía una mirada inquieta.

— Dos días hace que le doy vueltas en mis labios, reteniéndola lo mejor que puedo, y temo formalmente que me ahogue. Ya hace cerca de una semana que no hemos visto á lord Rutland. ¿Está enojado?

La canonesa miraba á su sobrina esperando la respuesta.

— No se está enojado más que con aquellos á quienes se ama, dijo Clarisa, como hablando consigo misma después de un momento de reflexión.

— ¡Ah! bueno, tranquilízate; él está enojado.

— No lo creo, tía.

— ¡Bah! ¿no te ama ya?

— Mas que eso temo.

— ¡Vaya! ¿quieres hacerme creer que te aborrece?

— ¡Oh, si solo fuera eso!

— Cierto, tendría remedio; pero si no es así, me haces temblar. ¿Cómo! ¿ni siquiera te aborrece?

— ¿Porqué me quejo? ¿no he merecido su desprecio?

Esto fué dicho bajando los ojos tan hipócritamente, que la canonesa no pudo menos de levantar los suyos llenos de malicia.

— ¡Ta, ta, ta! exclamó con una ironía tan ligera y delicada que debió de pasar desapercibida de Clarisa; eres demasiado severa contigo misma, querida sobrina. Nosotras las mujeres somos muy humildes servidoras de nuestros corazones. Bueno para aquellos á quienes amamos; malo para aquellos á quienes no amamos. Ahora bien, ¿porqué no puedes conseguir el enamorarte de Rutland, has de estar afeitándote con tu llanto? Que se haga querer, ese trabajo es suyo y no nuestro.

Clarisa, sorprendida un poco, oyendo á la canonesa explicarse de tal manera respecto de un hombre á quien parecía haber tenido siempre en mucha estimación, la miró algunos instantes antes de responder; pero la cara de la dama permaneció en un estado de impasibilidad perfecta.

— ¡Ah! dijo Clarisa suspirando profundamente, no lo espero, tía. Siento en mí algo que me dice que nunca lo amaré.

— ¡Ola! replicó la canonesa, tiene el corazón palabras irrevocables. Pero para esto no vale la pena de morir, añadió en seguida con la voz clara y seca que recuerda á las coquetas del siglo pasado. Casi todas ellas eran de la escuela de Fontenelle, ese admirable egoísta que tenía el corazón lleno de seso, como se hubiera dicho entonces.

— Los esfuerzos que he hecho para amarlo, solo Dios los sabe.

— Bueno, hija mía, Dios te los recompensará.

Decididamente Clarisa había perdido la brújula. Jamás había visto á su tía abundar de aquel modo en sus pensamientos acerca de Rutland.

— Desde luego, si he de hablar con franqueza, continuó la dama, le encuentro un terrible defecto á tu Rutland, el de no tener ninguno. ¿Puede una amar á esos hermosotes perfectos que no ofrecen presa ni al ojo ni al corazón? Baste que se les admire. Milord es un héroe, un ángel, un dios, cuanto quieras; pero nosotras las mujeres preferimos los hombres.

Después de hablar así, la canonesa sacó de su bolsillo una cajita de oro, y se llenó la boca de pastillas. Clarisa comenzaba á ponerse de mal humor. No sabía que hacer con su victoria, y esto la disgustaba. Así pues, procuró renovar la batalla por tener el placer de pelear.

— La esencia de Rutland, dijo, es la abnegación. En verdad, tía mía, que Vd. debía darme otros consejos. Cuando razones poderosas hicieron mi matrimonio con el conde de R*** un negocio de deber y necesidad, lord Rutland, muchos años hacía que se había fijado en Francia, y que me amaba ya profundamente; ¡y bien! Vd. sabe que él tuvo el valor heroico de vencer las dificultades que impedían esta unión. Ve Vd., señora, hay corazones que, como el fénix de la Fábula, renacen de sus cenizas. El de Rutland halló en el dolor nuevas fuerzas para sufrir y resignarse. Yo no amaba al conde, y él me lo hizo amar... ¡Ah, todo se lo debo á Rutland, hasta mis virtudes!

— ¡Vaya! dijo la canonesa, no te inquietes por lo que le debes. Es un hombre que fiará toda su vida.

Esta respuesta concluyó de irritar á Clarisa, que perdía la esperanza de disputar contradictoriamente contra Rutland.

— Francamente, dijo levantándose, yo creo que mezcla Vd. un poco de ironía en todo esto. Pero, por mi parte, señora, hablo con la mayor formalidad; ¡Rutland me es antipático!

— ¡Y á mí también! Cinco años va á hacer que oigo el coro de sus alabanzas. Escucha; opino que se le condene al ostracismo, y que no se vuelva á hablar más de él.

— Pero Vd. no reflexiona, respondió Clarisa con un aire de graciosa rebeldía, que si no me caso con Rutland, estoy destinada á un perpetuo celibato. ¿Olvida Vd. que el conde me hizo prometerle al morir que si me volvía á casar solo sería con Rutland? Yo le pregunto á Vd., tía mía, si el amor es una de esas cosas que se arreglan como un legado! No, no, nunca amaré á Rutland. Ahora, con esta condición, ¡qué acepte mi mano, si se atreve!

— Nadie me quitará la idea de que el conde, al arrancarte esa promesa, jugó una mala partida á su amigo Rutland.

— ¡Bueno! pero sea como quiera, yo estoy comprometida, y eso es indigno.

— ¡Vaya, vaya! tú tienes una sencillez pastoral, dijo la canonesa riéndose; ¿temes que el difunto venga á tirarte de los pies?

— Temo que Rutland invoque un día esta promesa.

— ¡Ah! ¿no es más que eso? En tal caso, tranquilízate, mi querida hija, voy á darte una noticia que te alegrará. Yo sé porqué no nos visita lord Rutland.

— ¡Cómo así! contestó Clarisa; ¿no se informaba Vd. de ello poco hace?

— Un ardid, querida, un ardid. Quería saber si tú sabías algo. Rutland se casa....

Una exclamación muy seca, seguida de un profundo silencio, fué la respuesta de Clarisa. La canonesa se extendió en su sillón, inclinó hácia atrás la cabeza, y se puso á contar las estrellas de la Ursa-Mayor. La condesa dió en el entretanto algunas vueltas por el balcón.

— Y tú, Clarisa, ¿cuándo te casas?

— Yo, tía, como ha adivinado Vd....

— ¡Toma! en los astros al parecer. Tu doncella Felicia lo ha adivinado con las cartas; ¿porqué pretendes que sea yo más torpe que Felicia?

Clarisa se ruborizó extraordinariamente, y la canonesa, á pesar de las sombras que cruzaban, pudo distinguir en la frente de la condesa las señales de esta nueva emoción.

— Ningun inconveniente veo, continuó, en que Felicia te eche las cartas. En otros tiempos, cuando me daba el capricho de ir al convento algunos días para pensar allí en mi salvación, ese era mi único pasatiempo soportable. Yo me había enamorado fuertemente de un caballo de bastos. El tuyo es de oros, eso es lo que sé. Un hermoso rubio, como diría Felicia, joven malicioso, mal sujeto, jugador, atrevido como un diablillo, y dissipador como el hijo pródigo; los antipodas de Rutland; ¡qué! ¿quieres que te diga su nombre?

— En verdad, tía, yo no sé... le aseguro á Vd....

— Vamos, tú no exigirás que sea yo más discreta todavía que tus suspiros.

— ¡Qué! ¿se atrevería Vd. á decir?...

— ¿Qué estás enamorada? Si por cierto.

— ¿Pero de quién, Dios mío, de quién?

— De él, pues.

— ¿De él? jamás.

La canonesa que acababa de provocar esta ingenuidad encantadora, soltó la carcajada, y para reprimirla tuvo necesidad de volver á sacar su caja de pastillas. Clarisa se mordía colérica los labios.

En este momento, un criado abrió suavemente la puerta del salón, y anunció la llegada de M. Robert de

Castillon, que deseaba presentar sus respetos á la señora condesa.

— ¡Qué no estoy! respondió vivamente Clarisa. Estoy mala, me voy á acostar, no puedo recibir. Diga Vd. al señor de Castillon que me dispense.

Apénas volvió á cerrarse la puerta, la condesa se dejó caer en una silla en el centro del salon, y esperó á que se le pasara la inquietud que sentia para volver al balcon.

— Vamos, Clarisa, dijo la canonesa despues de un rato de silencio, decidete, ya veo que lo amas mucho mas que lo que yo creia.

— En verdad, señora, que esta noche tiene Vd. una perspicacia que me asombra... exclamó la condesa levantando la cabeza, mientras que un estremecimiento de impaciencia crispaba sus graciosos dedos color de rosa.

— Ese es el *a, b, c* del amor. ¿Se deja de recibir á las gentes que no sé teme?

La condesa se acercó á respirar el ambiente del balcon. De repente volvióse hácia su tia, y con aire decidido le dijo:

— Sí, señora, amo al señor de Castillon. Ahora me parece que tengo derecho de amar...

— ¡Cómo, condesa! respondió la dama, cruzando sus piernas de manera que se veia balancear una de sus chinelas, serias injusta tomando ojeriza á ese muchacho. Algunos defectos tiene, convengo en ello, pero el amor lo compone todo, y creo que él te ama. Además está arruinado, completamente arruinado, y te aseguro que eso se debe tomar en consideracion. Tú eres rica para los dos, y de ese modo tú tendrás las riendas del imperio conyugal. Es evidente que el señor de Castillon busca un fin; es un hombre cansado de placeres, que corre ahora en busca de la tranquilidad del matrimonio. Querida, un amigo semejante es un tesoro; no se pueden temer sus infidelidades, porque ni tiene ganas, ni derechos de cometerlas. ¡Ah! si poseyera una fortuna intacta, una juventud... sin hipotecas; si fuera uno de esos hombres nuevos con que sueñan locamente las jóvenes, yo seria la primera que te dijese: No te cases con él. ¡Pero él! tengo oido que sus queridas lo abandonaban ya; así seria una torpeza.

Al acabar de pronunciar estas palabras, la canonesa agitó una campanilla que llevaba en las espaciosas bolsas de su falda, y su sirvienta acudió al llamamiento. Clarisa estaba sofocada de indignacion, pero demasiado orgullosa para hacérselo conocer á su tia, cuya infatigable causticidad temia por otra parte, inclinó la cabeza para recibir el beso que la anciana dama le daba todas las noches, y al mismo tiempo la dijo con aire muy estudiado:

— Mucho cerebro, querida tia, contar con la aprobacion de Vd. en este asunto. Temia que la antigua amistad que profesas Vd. á lord Rutland...

— Mi amistad hácia Rutland no ha llegado jamás hasta el punto de hacerme olvidar la que te tengo á tí. Te acabo de hablar con toda franqueza, y te felicito cordialmente por haberte desembarazado de él. Confiesa que te pesaba fuertemente en la conciencia.

— Cierta, un poco, balbuceó Clarisa, que queria resistir hasta lo último.

— Eso te enseña á conocer que es siempre una sandez el prometer alguna cosa, sea lo que quiera. No se debe jurar nada, ni de nada.

Y diciendo esto, la canonesa se alejó con su paso lento y mesurado, y llegó á su apartamento, hiriendo el suelo compasadamente con su muletilla.

Madama Aurelia hizo cerrar escrupulosamente todas las puertas, y se dejó caer, mas bien que se sentó, sobre un sofá, un poco á la Pompadour, que decoraba su habitacion. Allí comenzó á reírse con un aire muy satisfecho, porque, á pesar de sus setenta años cumplidos, la canonesa era persona muy risueña y muy alegre.

— Díme, Eugenia, dijo volviéndose hácia la doncella que estaba en pié junto á ella, me parece que esta noche he puesto al señor Castillon en buen estado. Por de pronto he hecho que no fuera recibido, cosa esencial para nuestro proyecto; y en seguida le he dado á la condesa tal indigestion de ese bergante, que es probable que no cure de ella. Pero á propósito, ¿es cierto lo que Felicia te ha dicho poco hace?

— Muy cierto, señora. Parece que el señor de Castillon parte mañana de madrugada para Inglaterra, y que no habiendo sido recibido esta noche, ha tenido la audacia de proponer á Felicia...

— Quién ha tenido la audacia de aceptar: ¡Bueno! eso me va á divertir. Pero admira como se compone esto. Yo he escrito esta mañana á lord Rutland, porque tenia un presentimiento. Haz que entre aquí apénas llegue. Entretanto, voy á dormir un poco en este sofá.

Y la canonesa se durmió.

II.

El corazon de una mujer está sujeto á una multitud de accidentes patológicos, en otros términos, á fenómenos que ciertos caracteres acres ó inclinados á una voracidad brutal, llaman atrevidamente caprichos.

El estudio profundo de esta materia es sin contradiccion uno de los mas sublimes que puedan seducir el espíritu humano, y nosotros vemos por todas partes que los charlatanes, conocidos vulgarmente por el ombre de filósofos, han preferido el ocuparse de muchas pampinas secundarias, tales como la inmortalidad del alma, el sistema de las monadas, ó el agrupamiento de los

átomos, á consagrar sus vigilias al exámen de ese órgano, alternativamente tan rico, tan pobre, tan tierno, tan duro, tan rebelde, tan dócil, tan sumiso, tan despota, y por último, tan divertido, que se llama el corazon femenino.

Declaramos que nuestra opinion en la materia es absolutamente incontrastable. Si, nosotros colocamos encima de todas las delicias filosóficas la honrada distraccion de clavar la punta de nuestra pluma en las fibras palpitantes de esta maravillosa máquina, á ménos que no se nos proponga el formar rueda al rededor de un pozo.

La condesa Clarisa, — pues se adivina que las reflexiones precedentes han sido inspiradas por esta interesante persona, — se retiró á su tocador, muy embarazada en desenredar la madeja de sus pensamientos. No lo hubiera estado mas para dirigir su curso sin brújula por un océano sin estrellas, que lo que lo estaba para darse cuenta fiel de la situacion en que la habian puesto los enredos de la señora canonesa. Por lo demás, preciso es decir que la digna tia tenia el privilegio detestable de perturbar con frecuencia la imaginacion de Clarisa, cuantas veces tenia el capricho de mostrar su ingenio á expensas suyas. En el fondo, la canonesa era una buena persona, pero el sentimentalismo de este tiempo le irritaba los nervios, y repugnaba al sensualismo de sus galantes tradiciones. « Confiéscense francamente las inclinaciones, decia con frecuencia en tono sentencioso; y lo que le irritaba especialmente era ver ocultar á su hermosa Clarisa, bajo la hipócrita red de mil delicadezas románticas, la mas espontánea naturalidad de coqueta que se ofreciera jamás á su imaginacion.

Sin embargo, conviene que el lector tenga presente, que la canonesa como buena señora entrada en años, no tenia toda la caridad deseable en semejantes materias. El despecho secreto que le causaba la indiferencia de Clarisa hácia lord Rutland, aumentaba á sus ojos los defectos de la condesa. Apelamos al testimonio de nuestras lectoras, para que nos digan si no merecia lord Rutland su suerte hasta cierto punto.

Por de pronto, es evidente que lord Rutland debe clasificarse como uno de los amantes mas virtuosos y magnánimos. Ya se ha visto que en la época del matrimonio de Clarisa con el conde de R.***, este enamorado heróico acalló los mas ardientes deseos de su alma para favorecer una union que ambicionaba la familia de la novia por razones que es inútil referir. Esta fué una falta imperdonable. En asuntos de amor, que no se hable á las mujeres de magnanimidad; tolas dirán que su estupidez es tan extensa como la palabra misma. Es una virtud negativa que les causa un horror invencible. Lord Rutland, que se vanagloriaba de adorar á Clarisa, y que tenia una grande influencia sobre la familia de la joven, habia cedido literalmente al conde de R.*** la posesion de Clarisa. A no dudarlo, era una bella accion, digna de figurar en el Plutarco de la juventud, pero en la cual encontró su amada cierto no sé qué impertinente. Primera falta.

Mas tarde, el conde de R.***, sintiendo cercana su muerte, y sabiendo que Rutland queria todavía á Clarisa, obtuvo de esta, á fuerza de sermones y súplicas, la promesa de no volverse á casar con otra persona que con Rutland. Es verdad que no se rehusa nada á los moribundos; pero el hecho es que el diablo del difunto habia recedido su mujer á su sublime amigo, y que este habia aceptado el don. Segunda falta.

Arregladas así las cosas, tal vez se cree que Rutland se apresuró á reclamar á la preciosa viuda la ejecucion del codicilo. Nada de eso. Siempre tierno, solícito, afectuoso, esperó á que Clarisa recordara su promesa, pero él no reclamó nada. « ¡Cómo! exclamaba Clarisa, se necesita que un hombre sea bien orgulloso, y esté muy satisfecho de su poder, para aunar con tanta paciencia sin pretender nada. Tercera falta.

Y no es esto todo; póngase á una viuda en la situacion singular en que se hallaba la joven condesa, y júzguese si Clarisa, coqueta hasta el punto en que puede serlo una mujer bonita, no debió soñar en su independencia y rebeldia.

Porque, en fin, los papeles estaban cambiados; Rutland era en cierto modo el señor, y Clarisa la esclava.

El primer acto de insubordinacion que imaginó fué persuadirse á sí misma que aborrecia á Rutland, y el segundo, convencer á Rutland de que amaba á otro. Para esto, echó mano del primero que se le presentó. Este tal era un *leon* de la mejor casta. Roberto de Castillon contaba algunos años ménos que lord Rutland. Tenia la excentricidad de hacer alarde de sus pretensiones, así fué que cuándo la condesa, asustada al principio de su aventura, se refugió en las aguas de Baden, Castillon la siguió con un escándalo que le dió mucha importancia. En todas partes se habló del suceso, y todos convinieron en que la condesa se debía dar prisa á hacer á Castillon su marido, so pena de tenerlo por amante.

Roberto de Castillon estaba casi arruinado, pero halló judíos compasivos que le adelantaron á cuenta de los seis mil pesos de renta de la condesa. Todo el invierno lo pasó haciendo multitud de adorables y atrevidas locuras. En las carreras de caballos de la primavera, Castillon perdió una apuesta de 4,000 pesos, pero ganó el *handicap* con un caballo que montaba su *jockey*, vestido aquel día con los colores de la condesa, que llevaba un vestido de terciopelo, color de guinda, con un chal blanco.

Peró no se vaya á creer que todo este ruido quitaba el sueño á Rutland. Compadecia mucho á Clarisa, viéndola en las garras de un *leon*; pero tener celos de un

animal tan necio, fué cosa que ni siquiera le vino al pensamiento. Clarisa estaba desesperada con semejante indiferencia. ¡Cómo! decia en el delirio de su cólera, ¿es posible que lleve la insolente seguridad de su corazon hasta el punto de no dignarse de estar celoso? — De esa manera, juzgaba ella que era un exceso de menosprecio, lo que por parte de Rutland era un exceso de estima; pero por eso, no dejó Clarisa de considerar este rasgo de originalidad como una cuarta falta que colmaba la medida.

Clarisa se vengaba con la canonesa, no cesando de repetirle todos los dias, con un aire de refinada hipocresia que le inspiraba la situacion, cuanto la affigian los inútiles esfuerzos que hacia para amar á Rutland. Despues añadia, suspirando contritamente, que *respectaria la solemne promesa* que habia hecho á su difunto esposo, y que no consultaria mas que su deber, imponiendo silencio á su corazon. Bien sabia, ¡la pérfida! que estas crueles palabras eran repetidas una á una á lord Rutland.

Peró la buena condesa emgñaba la partida con un contrincante que estaba acostumbrado á ganar algunas. La canonesa se complacia mucho con la ocasion que se la presentaba de desempeñar un papel en una comedia galante, y ya se ha podido ver que no habia perdido enteramente el talento de la réplica. Al mismo tiempo previno á lord Rutland que se mantuviera tranquilo, porque ella tomaba á su cargo la direccion de la empresa. La pobre Clarisa, pues, cayó en manos, que aunque blancas y delicadas, no por eso dejaban de estar armadas de buenas uñas.

Como lo hemos dicho, la condesa acababa de entrar en su tocador, que daba, lo mismo que el salon, sobre el paisaje pintoresco ya citado. Clarisa estaba sofocada. Hizo abrir todas las ventanas, y se puso una bata de batista que flotaba al rededor de su gracioso talle, recogida en pliegues menudos y elegantes.

Su doncella Felicia giraba en torno suyo, y miraba con frecuencia por la ventana la soledad tranquila y sombría de la rambla.

— Vamos, venga Vd. á arreglarme el peinado de dormir, Felicia, dijo de repente la condesa, con un tono de impaciencia, que pedimos al lector que le perdone en gracia de los secretos tormentos que la agitan, y deje Vd. para mejor ocasion el contar los árboles que se ven desde aquí. ¿Qué es lo que mira Vd. con tanto interés por la ventana? ¿Teme Vd. que suban los ladrones desde la barranca?

— Seguramente no, señora, respondió Felicia meneando la cabeza; los ladrones tienen suficiente prudencia para escoger un camino que ofrece veinte probabilidades contra una de romperse la cabeza. Los enamorados no digo que no, añadió riéndose con el aire mas suelto del mundo.

— ¡Los enamorados! dijo la condesa, sin dar otra respuesta á una impertinencia que hubiera reprendido agriamente en otras circunstancias; ¡los enamorados! repitió con una vaga sonrisa.

Hay muchas ideas incomprendibles que cruzan por nuestra imaginacion como los metéoros sin dejar en ella rastro ninguno. Todas las mujeres tienen su pequeño mundo romanesco, reducto misterioso que se complacen á veces en recorrer con el mayor misterio, ocultas á todas las miradas, como Diana en el baño. Allí es donde dan audiencia á sus ensueños, que toman para agradarlas mil figuras fantásticas y delirantes. En esos instantes desfila ante ellas el brillante cortejo de los don Juan, Lovelaces, Almavivas, etc., etc., todos caballeros adorables, amantes atrevidos y vencedores, que llevan guitarras y linternas sordas, escaleras de seda, caretas de terciopelo y espadas atravesadas, tropa elegante que da gloriosa cima á sus empresas de amor, á las empresas que llevan por divisa en sus escudos: *Osar mucho, es amar mucho*.

¿Estaba la condesa dispuesta aquella noche á gozar de esa alhagüeña poesia de las pasiones? ¿Quién lo sabe? Dejando hablar á su doncella, parecia entregada á profunda meditacion. Ni se debe criticar á la condesa por esa inclinacion tan dulce que la arrastraba á pensamientos tan fantásticos. Nada sienta mejor á una mujer bonita que el traje desaliñado, y una actitud negligente, aunque estudiada, sobre todo, si como en el caso presente, la mujer tiene juntamente formas redondas y elegantes.

En este punto, Felicia, que manejaba á manos llenas la cabellera de ébano de su señora, dió un terrible grito de espanto, soltó las trenzas, y se fué á refugiar á un extremo de la habitacion.

Clarisa levantó bruscamente la cabeza, y vió á un hombre apoyado sobre el balaustre del balcon.

(Se continuará.)

La regata, en Venecia.

Todos los años hácia fines del mes de mayo tiene lugar en Venecia una justa ó torneo en el mar á que dan allí el nombre de regata, y que ha sido siempre una de las fiestas mas brillantes y características de aquella hermosa poblacion. La antigua república la consideraba como una fiesta nacional, y en todas las grandes ocasiones, tales como en la eleccion de un dux, la victoria de una batalla, la visita de cualquier príncipe extranjero, etc., se verificaba este espectáculo cuya es-

cena solo es posible en un teatro semejante al que disrta esta encantadora ciudad.

En efecto, sobre aquellas lagunas, sobre aquellos canales estrechos y tortuosos, con aquellas barcas tan largas que se han de gobernar á pié sobre la parte posterior, con aquellos gondoleros que desde la infancia hasta la muerte ejercen día y noche su profesion, en fin, contando con todos estos indispensables elementos para dicha fiesta es como esta ha podido establecerse y arraigarse. No hay por lo tanto otra que mas estrechamente se acomode á la vida veneciana ni que permita reunir un número tan grande de espectadores tan convenientemente colocados, sea en las barcas de la ciudad, sea en los balcones y ventanas de los palacios que de cada lado sirven como de barreras en toda su inmensa longitud al teatro de la contienda.

Se comprenderá fácilmente que este conjunto de circunstancias, único en el mundo, debe necesariamente localizar estas fiestas náuticas en Venecia, y que toda imitacion de fiestas llamadas venecianas, como las que se ha tratado de organizar en el Havre, en Paris y en Lóndres no pueden dar sino una idea aproximada.

La hermosura del cielo y del lago, la pompa que las autoridades y la poblacion dan á esta ceremonia. el lujo de aquellas barcas y de aquellos trajes que despiden chispas de oro y plata, las músicas, la tumultuosa alegría de la muchedumbre y la pasion tradicional de los dos partidos hace ya siglos dividen la poblacion en dos campos enemigos, todas estas causas dan al espectáculo un interés, una belleza original que no puede alcanzar la imaginacion.

El pueblo veneciano ha sido siempre amante del lujo y de los placeres, gusto que se explica por el origen de aquel pueblo. Sabido es que los Venetos para evitar las calamidades consiguientes á una irrupcion de bárbaros se refugiaron en una isla, y fundaron á Venecia el año de 590. Era esta una morada algo triste, y los gobernantes pensaron desde luego en crear alguna fiesta para sostener los gozes morales de un pueblo casi separado del mundo. Mas tarde estas fiestas vinieron á ser necesarias á fin de apartar al pueblo de la política celosa y sospechosa del gobierno, llegando la libertad del placer á ser tan lata como era rígida la prohibicion de mezclarse en los actos de la república; y estas costum-

bres tomaron poco á poco tal incremento, que aquel pueblo ardiente y enérgico hizo intervenir en sus diversiones las luchas y las pasiones que generalmente enjendran la religion y la política. Hoy día lo mismo que antiguamente se encuentra esta animacion, estos odios entre los habitantes de la orilla derecha y los de la izquierda del gran canal, ó por mejor decir entre el barrio de *Castello* y el de *San-Nicolo*, reinando en todo lo demás la mayor indiferencia.

Se ve por las antiguas crónicas de Venecia, que esta division entre los *Castellani* y los *Nicolotti* remonta á la época primitiva de la fundacion de la ciudad. Los habitantes de *Heraclea* y de *Aquilea* que formaban dos bandos enemigos, tomaron al refugiarse en las lagunas posiciones opuestas, ocupando unos la isla de *Castello* al extremo oriental de la ciudad, y los otros la isla de *San-Nicolo* al otro lado de Rialto. La primera fraccion á medida que la poblacion aumentaba se extendia sobre la orilla de los Esclavones, la plaza de San Marcos, el principio del gran canal y se detuvo en Rialto, cortando ó separando la ciudad del arsenal en el campo de Marte; la segunda fraccion ocupó el resto de la ciu-



La regata en Venecia.

dad, que es la parte [mas considerable y la ménos brillante á causa de que el Dux, los senadores y los mas ricos patricios fueron desde luego *Castellani* por el barrio que habitaban, de modo que los *Nicolotti* constituyeron la fraccion democrática al paso que los *Castellani* fueron aristócratas siempre.

Se explican bien los celos y rencillas que de esto resultaron. Para apaciguar estas disensiones, se concedió á los *Nicolotti* el derecho de elegir entre ellos un Dux especial cuyas funciones se limitaban á presidir las fiestas y las deliberaciones de su partido, y el resto del tiempo lo pasaba como ántes viviendo y trabajando en medio de sus compañeros. Nombrado por eleccion, se rodeaba su elevacion de cierta pompa que halagaba al pueblo, porque generalmente el elegido era un gondolero. La ceremonia tenia lugar en la iglesia de San-Nicolo, donde el nuevo Dux era consagrado por la religion y revestido de un magnifico traje. Llevaba el título de *Gastaldo dei Nicolotti* y le estaba confiada la custodia del estandarte, que contenia un bordado de oro representando á San-Nicolás.

Los *Nicolotti*, satisfechos en su orgullo, se burlaban de los *Castellani* á quienes dirigian sin cesar estas palabras que se repiten todavía: *Ti ti voghi il dose é mi vogo col dose*: « Tu remas por el Dux y yo remo con el Dux. » Así hubo siempre entre los dos partidos una lucha

encarnizada. En todas las fiestas públicas cada partido se distingue por el color, llevando los *Castellani* el cinturon y gorro encarnados, y azul los *Nicolotti*, trataron siempre de triunfar cado uno, ya fuese en los desafíos de góndola ya en los ejercicios de fuerza de equilibrio ó de habilidad. Unas veces se trataba de cortar de un sablazo la cabeza de un toro, y otras se hacia la pirámide humana ó cualquier otra construccion de su género. Diez ó doce hombres formaban con sus brazos una base sobre la cual se elevaban ocho que sostenian á cuatro, y estos á dos, rematando en un hombre, que sostenia en sus hombros á un niño. Los mas hábiles y fuertes hacian hasta ocho superposiciones, y fácil es figurarse los aplausos ó rechiflas que acompañaban á cada partido vencedor ó vencido. Algunas veces estos ejercicios se hacian en barcas, navegando sobre el canal, como puede verse en los antiguos cuadros. Además habia danzantes que bailaban sobre la maroma los cuales sostenidos por una doble cuerda parecia que bajaban volando desde la torre de San Marcos hasta la galería en que se hallaba el Dux á quien cumplimentaban en el gracioso dialecto veneciano, concluyendo por ofrecerle un ramillete de flores que parecian caer del cielo, y arrojando al mismo tiempo sobre la multitud una lluvia de sonetos y poesías de que son tan pródigos los hijos de Venecia.

Uno de los ejercicios en que mas se manifestaba la animosidad de los dos partidos era la *guerra de Pugni*. Elejase uno de esos puentes sin barandillas como algunas veces se hallan en los riachuelos ó canales estrechos, y á una señal dada los dos bandos avanzaban cada uno de su lado para pasar. Entónces tenia lugar una lucha horrible, procurando cada cual arrojar al agua su contrario, y los unos y los otros caian en efecto, formando una cascada con gran placer de los espectadores. Uno de dichos puentes en *San-Barbana* conserva todavía el nombre de *punte de Pugni*.

Entraba en los planes del gobierno el excitar mas bien que amortiguar estas rivalidades, á fin de mantener la energía física y moral de las bajas clases y oponerla de vez en cuando á la prepotencia de los patricios, que era la mas temible. Así pues, estos juegos, torneos, ó ejercicios gimnásticos en los cuales cada partido procuraba acabar con su contrario, redundaba en beneficio de todos. Concurría gente de todas partes á presenciar estas espléndidas funciones, y la emulacion, el vigor y la ligereza desarrolladas en estas luchas se hacia ver luego en las flotas de la república, haciendo de aquellos hombres tan confiados de sus fuerzas los primeros marineros del mundo.

Estos ejercicios como otras muchas cosas venian de los árabes, de los países orientales con los cuales

Venecia tenia entonces grandes relaciones de comercio. Arquitectura, trajes y costumbres, todo fué tomado de las ciudades de Constantinopla, del Kairo, de Bagdad y de Damasco, poblaciones muy civilizadas entonces, y aun se encuentra fácilmente ese sello oriental que da á Venecia un carácter aparte en Europa.

Nunca hubo bajo la república mas partidos que los *Castellani* y *Nicolotti*, partidos que nada tuvieron de políticos como se acredita por la historia veneciana en la cual no se encuentra vestigio de una guerra civil.

Los venecianos tienen generalmente un carácter bueno y reflexivo, pero fino y burlesco en exceso: los gondoleros sobre todo que parecen resumir en sí los instintos de su raza, han conservado mejor que las otras clases el primitivo carácter nacional. Son espirituales, alegres y diestros, cariñosos, fieles y discretos. Su corazón es confiado porque es leal.

Pero si el tipo se ha conservado, el traje y las costumbres han desaparecido. Era un verdadero placer el oír en el silencio de la noche á los bateleros recitar á imitación de las rapsodias griegas, las estrofas amorosas del Tasso, en un canto melancólico compuesto por ellos, y responderse como el eco á largas distancias. Hoy suelen cantar algunos coros, pero parecen mas dispuestos á batirse que á conservar la buena armonía, aunque afortunadamente sus quimeras acaban casi siempre en puras baladronadas. Casi nunca se verifica

un asesinato allí donde tan fácil es el guardar el incógnito, y ocultar el crimen. Los robos, que serian mas fáciles aun, no son menos raros, y solo en las rivalidades de partido es donde los venecianos aparecen turbulentos y apasionados. En 1841, época en que el podestat quiso restablecer las carreras de gondolas, habia tantos odios amasados entre los dos partidos, que no pudo tener lugar la fiesta á pesar de haber sido reducidos la víspera á prision mas de cuatrocientos de los mas exaltados. Al año siguiente, el conde *Correre* que tiene una grande y merecida influencia sobre el pueblo, tuvo que persuadir á las masas y apaciguarlas por su dulzura inteligente á fin de que pudiera verificarse la *Regata*.

Contarémos por último un hecho que prueba la hostilidad permanente de los dos partidos. Uno de los pintores mas distinguidos de Venecia, *Eugenio Bosa*, hizo años pasados un cuadro que representaba al célebre castellan *Noso* vencedor en la última regata, el cual figuraba llegar á su casa lleno de la emoción de una lucha sostenida valerosamente con el remo, y daba una mano á su esposa, mientras con la otra agitaba su bandera victoriosa.

Reproducimos este cuadro por el grabado para dar una idea de una de las escenas mas interesantes de Venecia; pues los gondoleros cuentan con tanto orgullo en sus familias los estandartes ganados en la *Regata*,

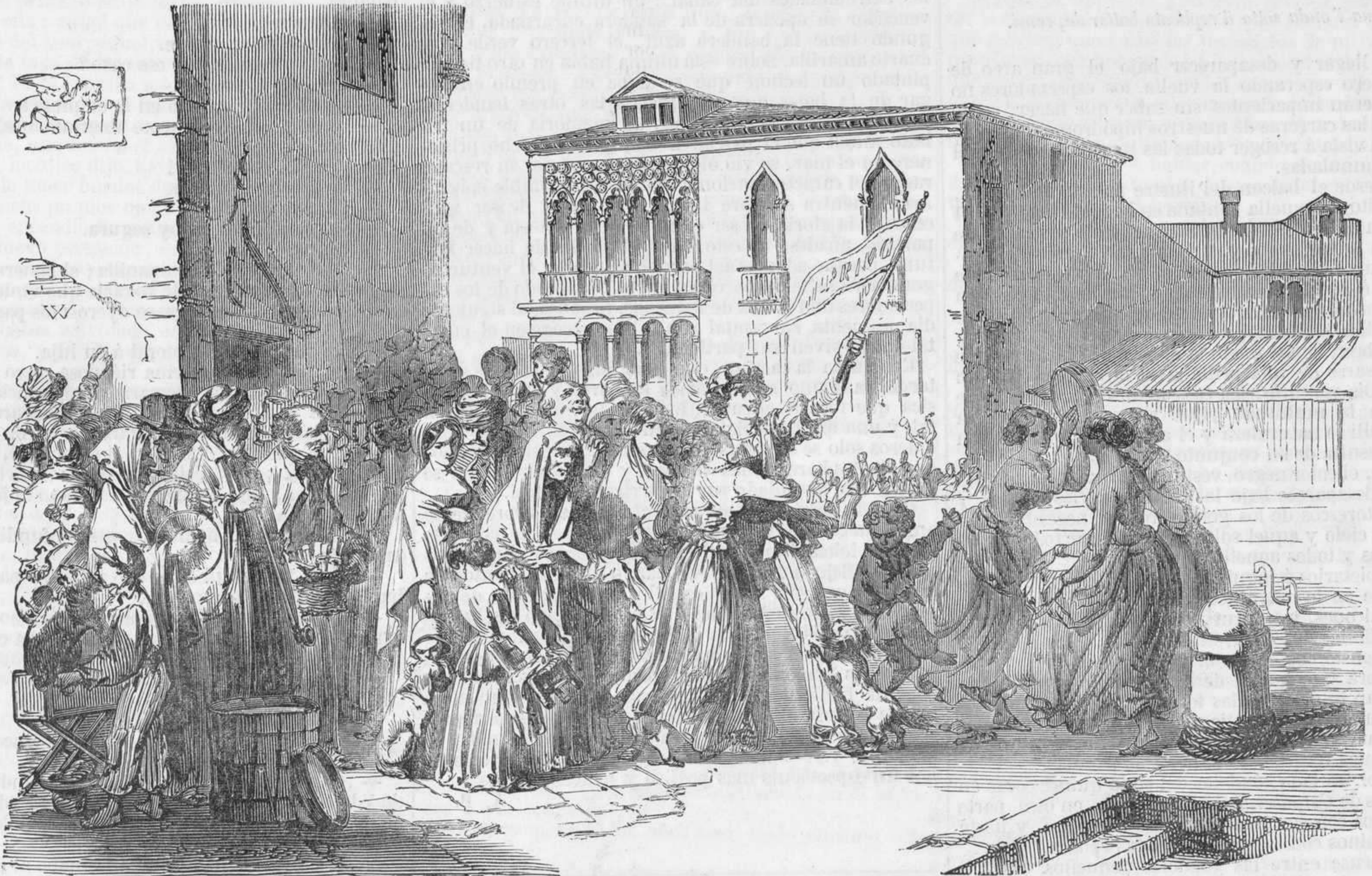
como contaban los patricios los que arrancaban á los enemigos de la república. Este cuadro en el cual se ven reunidas mas de cincuenta personas, está lleno de verdad, de observación ingeniosa, de un carácter á la vez cómico y elevado. El colorido es encantador como la composición, y solo un veneciano observador incesante de las costumbres nacionales ha podido imprimir á la obra esa fisonomía original.

Eugenio Bosa, antes de dar dicho cuadro al conde de Arraches para quien le habia pintado, lo expuso en la Academia de bellas artes. ¡Que humillacion! dijeron al saberlo los *Nicolotti*. ¡Un castellan vencedor, pintado por un artista célebre, y expuesto en las salas de la Academia! Así, hubo aquellos dias grande agitacion en las tabernas de *Canareggio*, convocáronse los ofendidos para deliberar, y el resultado fué redactar una carta que se envió al director del Museo. He aquí la carta en dialecto veneciano.

Sior Lustrissimo,

«La se recorda, lustrissimo, che se non la fa tirar via della Cademia, el quadro del sior Bosa, con quel Castellan, con la so bandiera de... in mano; nú, Nicolotti, che con le bandiere, menemo la polenta, ghe lo sfondaremo.»

Traduzcamos esta singular epístola.



Vencedor de la Regata.

Ilustrísimo señor:

«Tened presente, señor ilustrísimo, que si no sacais de la Academia ese cuadro del señor Bosa con ese castellan que tiene su bandera de... en la mano, nosotros, Nicolotti que con nuestras banderas revolvemos la *polenta* lo destrozaremos.»

Es muy difícil traducir la última frase por lo cual queremos explicarla. Llamamos *polenta* á una torta de maiz que entre la gente del pueblo reemplaza con mucha frecuencia al pan, y para hacerla se sirven de palos ó astillas de madera que tiran luego á la calle ó al fuego; por consiguiente el sentido de la frase es este: «Nosotros, Nicolotti, hemos ganado tantas banderas que cada dia podemos revolver la torta con una nueva.»

Volvamos al cuadro del señor Bosa. Como los grupos de los descontentos aumentaban á cada momento en la exposicion, fué necesario retirar dicho cuadro á fin de evitar las consecuencias mas desagradables. Añadamos que el pintor, castellan tambien, habia tenido gran placer en pintar el triunfo de uno de los suyos; porque los señores que suelen manejar bien el remo, prohijan ardientemente el partido de sus gondoleros, y por la tarde en el paseo del fresco sobre el gran canal, ese *corso* sin segundo en Italia, os habla y descubre de pronto una barca rival, abandona la conversacion, y se pone á remar con todas sus fuerzas sin cuidarse de sus amigos que juzgan esta conducta muy natural.

Pero hablemos de la fiesta que nos ocupa en particular, digamos algo de la regata, esa fiesta la mas brillante y caballeresca del pueblo veneciano.

El origen de la regata remonta á los primeros tiempos

de la república en los cuales habia la costumbre de ir todos los dias de fiesta á cierta hora á paseo al *Lido*, y el gobierno para facilitar la travesía, cuidaba de tener en la orilla suficiente número de barcas de treinta y cuarenta remos. Los que no tenían otro recurso para pasearse, tomaban el remo, y ejercitaban sus fuerzas, de lo cual nacieron los desafíos, y como las barcas partian al mismo tiempo alineadas, de esto vino sin duda el nombre de *riga*, *rangee* y *regata*. Esta lucha poco elegante para el espectador era un gran ejercicio para desarrollar las fuerzas musculares de los marineros, y habituarles á hacer largas travesías.

Los senadores, pensando en la utilidad que de esto podian sacar para la marina, idearon un estímulo, y he aquí porque en el decreto expedido con motivo de la gran fiesta celebrada por la redencion de las mujeres robadas por los piratas de Trieste en 944, ordenaron y mandaron que la regata fuese elevada al rango de fiesta nacional.

Este rapto es una de las mas picantes anécdotas de la historia veneciana. Cada año el Estado casaba doce muchachas de las mas bonitas y pobres con doce mozos escogidos, para cuya ceremonia habia quien prestaba á las jóvenes ricos aderezos de gusto y de valor. Los piratas de Trieste, enemigos de Venecia, atraídos por el cebo de una excelente presa, vinieron, y se emboscaron á los alrededores de la iglesia en que se celebraban las bodas, y aguardando á que todo el mundo estuviese reunido, se precipitaron en el templo con las armas en la mano, y robaron á estas nuevas sabinas á la vista de sus prometidos esposos, que no tenían mas que guirnalda de flores para defenderlas.

Candiano III que por este tiempo era dux de Venecia, sensible á semejante afrenta, hizo inmediatamente armar barcas, y perseguir á los piratas, encomendando principalmente esta mision á los novios, y hermanos ofendidos, los cuales se portaron tan bien, que despues de un encarnizado combate, trajeron en triunfo á las novias sin que faltase ninguna de sus preciosas joyas, segun dice la crónica. En albricias de este hecho se celebraron funciones religiosas, y fiestas públicas en las cuales Venecia desplegó un lujo extraordinario como tiene de costumbre. Despues, cuando la república llegó á su mas alto grado de esplendor, el espectáculo marítimo de la regata se convirtió en una verdadera fiesta nacional.

Las grandes regatas decretadas por el gobierno eran los juegos olímpicos de la república, teniendo sobre la ventaja de apropiarse á la localidad, esto es, á las lagunas, y por lo tanto no permitian que los extranjeros fuesen á disputar el premio á los naturales.

La extension de la carrera es de cuatro millas venecianas, lo que hace próximamente una legua. Empezando á la extremidad oriental de la ciudad, cerca del jardin público, atraviesa todo el puerto, pasa por delante de la *Piazzeta*, entra en el gran canal que sigue en toda su longitud hasta *Canareggio*, y allí girando al rededor de una gran viga, vuelve por el mismo gran canal hasta el palacio *Foscari* donde se distribuyen los premios.

Las gondolas empleadas en estos ejercicios son tan excesivamente delgadas y ligeras, que en el sitio en que el gondolero coloca los pies tiene una tabla para impedir que se abra por allí, y hay barras transversa-

les para impedir que los piés puedan fijarse en otra parte mas que en dicha tabla. Estas lanchas van cada una guiadas por dos hombres vestidos con colores algo chillones, llevando como es consiguiente el cinturón y gorro del partido á que pertenecen, sea Castellani ó Nicolotti. Allí envía cada partido sus mas fuertes y hábiles remeros, acreditados y examinados en otras difíciles pruebas. Nadie sin verlo creará la emoción que en la ciudad produce la proximidad de la regata, los cuidados y atenciones con que son tratados los luchadores escogidos. Estos se retiran, como dicen ellos, á un convento, quince dias ántes, evitando todo lo que puede debilitarlos, y observando los principios de la mas rigurosa higiene. Si están de servicio en casa de algun noble, este les dispensa de todo trabajo; cesan de ser realmente criados, y son mirados como hijos, de modo que pueden consagrarse con entera libertad al combate.

Llegado el dia de la fiesta, cada candidato recibe la bendición paternal, abraza á su familia, se pone al cuello las mas preciosas reliquias de san Antonio y de san Marcos, y acompañado de sus amigos va á la parroquia ó á la iglesia *della Salute* á hacer oración. Muchas veces la barca y los remeros son bendecidos siguiendo los ritos del culto; despues cuando llega la hora, cogiendo cada cual el remo con que piensa añadir una nueva bandera á la gloria de su partido, va á colocarse ante la cuerda que retiene todavía á sus impetuosos rivales. Al primer cañonazo la barrera cede, y cada uno encorbandose sobre su ligera nave la hace volar en el agua

Spuma l'onda sotto il replicato batter de, remi.

Vedlos llegar y desaparecer bajo el gran arco de Rialto; pero esperando la vuelta, los espectadores no permanecerán impacientes sin saber que hacer, como sucede en las carreras de nuestros hipódromos, pues no alcanza la vista á recoger todas las maravillas en aquel espacio acumuladas.

Aquí, desde el balcon del ilustre palacio de Foscari, desde lo alto de aquella ventana en la cual Henrique III de Francia asistió en 1374 á una magnífica regata que se hizo en honor suyo, y para la cual él ofreció el premio con una magnificencia regia, se ve desenvolverse á derecha é izquierda el vasto y soberbio canal con sus palacios que parecen agitarse bajo la muchedumbre de que están atestados; barcas de todas las formas y colores cubren de tal modo la superficie del agua, que podría pasarse de una orilla á la otra como por un puente. ¿Oís esas músicas, esos aplausos, esos gritos de alegría de la multitud? ¿Qué armonía tan perfecta guardan allí la naturaleza y el arte, y qué belleza tan original resulta de su conjunto!

Este dia, el color negro, vestimenta niveladora de las góndolas desaparece bajo las telas de varios colores y trajes pintorescos de los gondoleros. Se necesitan además aquel cielo y aquel sol para armonizar todos aquellos sonidos y todos aquellos matices.

Los propietarios é inquilinos de los palacios rivalizan igualmente en la magnificencia y lujo con que decoran sus balcones, y en prueba de ello diremos, que durante las fiestas del congreso de sabios, solo el patricio Jiovanelli gastó 800,000 *zandzigers*.

Cualquiera que sea la decadencia que los acontecimientos han impreso en las fortunas de una aristocracia tan opulenta en otros tiempos, quedan aun algunos residuos que se adhieren noblemente á los sentimientos nacionales recordando las glorias pasadas.

Véase por un lado góndolas del siglo quince como en los cuadros de *Carpaccio* ó de *Juan Bellin*; en otra parte kaiks turcos con sus remeros medio desnudos, y hasta remeros chinos con trajes de todas las épocas.

Distínguense entre las góndolas pequeños esquifes de cuatro remos, llamados *ballotine*, y otros de seis remos á que dan el nombre de *malgherotte*. Despues los *bissones*, grandes barcas de ocho remeros, decoradas á la antigua, que llevan encima una especie de solio con gazas de oro y plata, rayadas de colores vivos llevando así en la popa como en la proa trofeos de armas y de grupos dorados que representan amores, sirenas, aves y otras figuras alegóricas. Estos *bissones* llevan tambien el nombre de *grosso serpente* á causa de su longitud, de su aguda proa y sobre todo de su agilidad para serpentear en medio de tantos estorbos; cosa muy esencial, porque los barcos de ocho y diez remos tienen el encargo de preceder á los luchadores y abrirles paso en medio del concurso inmenso de barcas que cubren el gran canal. Los jóvenes patricios que equipan estos *bissones* se arrojan sobre ricos cojines á la proa, y por medio de un arco lanzan flechas doradas á los gondoleros que no se ponen pronto en orden; modo alegre y gracioso de llamar á cada uno al deber sin turbar el contento de la fiesta.

Tambien se ve una imitación del *Bucentauros*, ese famoso navío de los Dux, copiado de los antiguos kaiks del Sultan. En una palabra, todo lo que la imaginación puede inventar para decorar un buque se pone allí en juego, y cada corporación da para los gastos de una de esas barcas suntuosamente adornada con atributos característicos.

Los *chiozzotes*, habitantes de la isla de Chioggia, llaman la atención entre todos por sus barcas, sus trajes, sus músicas y su habilidad particular para el remo.

En fin, Venecia aparece en esta época de las fiestas tal como era en sus buenos tiempos, y la regata de hoy puede decirse que es la misma de Henrique III, pues los trajes son idénticos y las colgaduras de los balcones tambien. Aquellos nombres célebres en la historia de

esta ciudad parecen resonar bajo el atrio gótico y destacarse de los hermosos cuadros venecianos cuyo tipo immortalizaron Ticiano y Pablo el Veronés.

Si, siempre el mismo pueblo lleno de pasión, de destreza y de fuerza en sus ejercicios y placeres. Si, todo el pasado se desarrolla en el presente que nos rodea probando que no están olvidadas las antiguas glorias, y que el porvenir promete aun al fénix renacer de sus cenizas.

Un poco de aire, un poco de libertad á esta nación inteligente, y la veréis avanzar con pasos de gigante por el camino de la civilización. En sus raptos de expansión hácia lo bello, hácia la perfección, veréis que este pueblo no esta contenido por las resistencias fatales de la materia, así como no tiene que sostener una lucha mortal con un cielo enemigo ni con una tierra avara. Todo en aquella naturaleza convida á la poesía, á las artes, á los estudios, en fin, que elevan el espíritu y civilizan á los hombres.

Mientras se han alejado los combatientes han permitido á nuestro pensamiento extraviarse un poco entregándose á los mas agradables recuerdos; pero el desenlace de la fiesta exige que volvamos al asunto. He aquí á los luchadores que reaparecen bajo el puente de Rialto, que llegan, que se oprimen, y algunos rezagados viendo perdida su esperanza van á ocultar su tristeza en los canales solitarios. Escuchad el rumor de la muchedumbre, los aplausos y los vivas; esa entusiasta aclamación anuncia el momento de la victoria hasta las extremidades del canal: un último esfuerzo y el vencedor se apodera de la bandera encarnada. El segundo tiene la bandera azul, el tercero verde y el cuarto amarilla. Sobre esta última habia en otro tiempo pintado un lechón que se daba en premio en lugar de la bolsa que acompaña á las otras banderas. Este lechón era segun dicen, en memoria de un tributo anual que el patriarca de Aquilea, hecho prisionero en el mar, se vió obligado á pagar por su rescate; rasgo del carácter nacional donde el inevitable epigrama encuentra siempre lugar. A la gloria de ser vencedor, á la gloria de ser el héroe de una fiesta y de un partido, añádesse en este triunfo la dicha de hacer fortuna, porque además del premio señalado, el venturoso gondolero salta de barca en barca recibiendo de los espectadores una lluvia de monedas. Despues, al siguiente dia, aumenta su capital con lo que recoge en el cuartel donde viven sus partidarios.

Concluida la carrera, que tiene lugar á las seis de la tarde, cada uno se vuelve en su barca y sigue la música que recorre el canal. Esto produce una confusión tal, y una multitud flotante tan compacta, que los gondoleros solo se sirven de sus remos para resistir al choque de las barcas mas fuertes, y todo marcha, no se sabe como, empujado por la corriente general.

Cuando llega la noche el efecto es mas sorprendente aun; fuegos de bengala verdes, blancos, de color de rosa ó violeta iluminan aquellos palacios duplicados por el reflejo del agua, realizando así esos cuentos de hadas en que solo se ven castillos de esmeraldas, de rubíes y de záfiro. Agregad á esta decoración las barcas que pasan delante de los dricos luminosos proyectando sus sombras en las fachadas de los edificios; despues esos sonos armoniosos de las orquestas, esas bellas noches de brillantes estrellas, esas mujeres fantásticamente alumbradas por las luces de colores que aparecen en sus balcones y esperando la brisa del mar y la armonía, y creemos que es imposible disfrutar en sueños un espectáculo mas poético y delicioso.

A. B.

El hombre de la máscara.

(CONCLUSION.)

— ¡A fé mia! despues del placer de batirse, el de comer bien tiene su precio, dijo el general volviendo á entrar en el salon.

— Declarémoslo todo á mi padre, dijo la jóven entre sí.

Y acercándose al general, que se tendió voluptuosamente en un buen sillón, sentóse á sus piés, y lo miró con ese aire mimoso y zalamero que quiere decir: Pregúnteme Vd. pronto, porque tengo necesidad de charlar, y no me atrevo.

— Vamos, vamos, ¿qué hay de bueno? dijo el general, acariciando la cabeza de su hija; cuénteme Vd. eso, señorita.

— ¿Sabe Vd., padre mio, respondió Alejandrina lo mas seriamente del mundo, sabe Vd. que voy á cumplir muy pronto veinte años?

— ¡Diablo! veinte años es algo; pero se me figura que ya lo sé: adelante.

— Vd. se burla de mí.

— ¡Dios me libre! Tienes, pues, veinte años, bueno, ¿qué quieres decir con eso?

— Pero... que... adivínelo Vd.

— ¿Qué deseas mas ricos atavíos?

— No.

— ¿Un carruaje para tí?

— Los de Vd. me bastan.

— Es un enigma.

— Busque Vd. bien.

— Ya caigo: ¿un marido?

— ¡Qué redondamente me dice Vd. eso!

— No dices que no.

— ¿Si Vd. cree?...

— Ya adivino; el conde de Fritzolen; tu tia me ha hablado de él; te conviene completamente.

— Yo creo que no.

— Yo creo que sí, y esta noche obtendrá mi consentimiento.

— ¡No haga Vd. tal cosa!

— Como tú quieras; por mi parte no tengo en ello el mayor interés.

— ¡Qué bueno es Vd.! Lo despedirémos; ¿no es verdad?

— Lo despedirémos; pero entónces, ¿qué quieres decir con tus veinte años?

— Deshauciamos al conde de Fritzolen, pero...

— ¿Tomariamos otro?

Alejandrina se sonrió, y respondió con un signo.

— ¿Ese otro quién es?

— Adivine Vd.; ¡lo hace Vd. tan bien!

— ¿Algún bigote negro, por ejemplo?

— ¡Padre mio!

Y la jóven besaba entusiasmada las manos del amable anciano.

— Cierito-Hermann, ¿no es verdad?

— ¡Padre mio, querido! Y los besos se redoblaban.

— ¡Padre mio, padre mio, querido! eso responde á todo. ¿Quiere decir que los dos os amais?

— Es decir que él no me ha dicho jamás ni una sola palabra.

— ¡Diantre!

— Porque no se atreva.

— ¿Qué piensas tú en ese caso?

— Hágale Vd. hablar.

— ¡Si tú has fracasado en la empresa!

— Yo no podia explicarme abiertamente, pero Vd. es diferente.

— ¡Ve Vd. cosa igual!

— Es preciso llamarlo.

— ¿Dónde está?

— No estará lejos, estoy segura.

— Vé, pues.

Alejandrina tocó la campanilla; el general dió orden de buscar al capitán, y de rogarle que viniera al salon; pocos momentos despues se oyeron los pasos presurosos del jóven.

— ¿Te vas? dijo el general á su hija.

— Sí, replicó Alejandrina riéndose, pero estaré escuchando por si se hace necesaria mi presencia.

Y ligera como una golondrina, desapareció por un lado, mientras Hermann entraba por otro.

— ¡Hija querida! dijo entre sí el general, siguiéndola con la vista; ¡qué felicidad es poder hacerla dichosa!

— Capitán, dijo tendiendo la mano al jóven, ¿ama Vd. á mi hija?

— ¡Mi general! balbuceó este confundido con tal pregunta.

— ¿Ama Vd. á mi hija, sí ó no? Me parece que no hablo en chino, que yo sepa.

— La amo, respondió el pobre muchacho, trémulo y vergonzoso, revelando así el secreto de su corazón.

— Se la doy á Vd. por esposa.

— ¡Mi general!

— Con...

— ¡Ah, mi general, por favor!...

— ¿Le conviene á Vd. ? Vengan esos cinco.

— ¡Pero, mi general!

— ¡Oh, los enamorados!... Wén, Alejandrina, gritó; dé Vd. la mano á ese caballero, y tenga Vd. la bondad de decirle que obedezca, sin demasiada violencia, las órdenes de su padre.

La jóven tendió ruborizada la mano al jóven, y fué en seguida á ocultar su felicidad en los brazos del anciano, en tanto que Hermann los miraba á los dos, no sabiendo si soñaba ó no deliciosamente, y no sintiendo las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Esta escena, tan sencilla como tierna, fué interrumpida por un pliego dirigido al general.

— ¡Diantre! exclamó, despues de haber leído; es preciso aplazar la boda; se trata de una misión delicada, de papeles pesados y de mucho dinero que se debe de enviar al campamento con la mayor diligencia. En esta época de bandidos, no puedo confiar este encargo á otro que á tí, hijo mio.

— Préstaselo un mes mas al país, hija mia, y despues será tuyo eternamente, como se dice en la lengua de los enamorados. Así tendrás tiempo de hacer tu traje de boda.

No habia nada que replicar á esta orden; el carácter inflexible del general en punto de deber era tan conocido como su generosidad y su bondad. Los ojos, pues, revelaron las divinas aspiraciones del corazón, y los dos amantes se separaron hablándose en voz baja, tan de cerca, que los alientos se confundieron, y aun es lícito dudar si sus labios se tocaron.

— ¡Hasta la vista, y para siempre!

II.

Dos dias hacia que el capitán Hermann habia dejado á su preciosa novia, cuando tenia lugar la escena siguiente en una posada del camino de Viena á Inspruck.

El dueño de la posada, cara sencilla, excelente máscara para disimular la malicia y la astucia, tenia las dos manos apoyadas en una mesa, delante de un prógimo de hermosa presencia, y cuyas armas brillantes contrastaban singularmente con su traje de simple é inofensivo mercader.

— De ese modo el jefe... preguntó Karl, el posadero, á Frank, el hombre armado.

— Está perfectamente informado, contestó este... dentro de una hora se pararán aquí; este es su itinerario; tú les darás de la cerbeza ó del vino preparado por el jefe; el efecto habitual se hará sentir, y nosotros sobrevendremos.

— ¿Quién, diantre, puede dar tan buenas noticias al jefe?

— ¡Silencio! á tí te se paga para que no te admires de nada.

— Lo mismo es, pero indudablemente tiene compinches en buenos sitios.

— Karl, hijo mio, ¿tendrían, por acaso, tus hombros y tu cabeza el capricho de un pequeño divorcio?

— ¡No se chancee Vd. con tales cosas, señor Frank!

— ¿Porqué quieres tú saber mas que todos nosotros, que jamás hemos visto su cara, que no sabemos su nombre, que ni siquiera sospechamos cuál es su patria?

— Y sin embargo de eso, ¿os entregais á él con cuerpo y alma! Eso es lo que me admira. Por mi parte, yo no arriesgo nada; él me paga porque ignore lo que trafica con mi bodega, y me paga bien, eso me basta; la justicia no tendría la menor cosa que decir por esto; así lo creo. Pero Vds., expuestos á todas horas á ser muertos ó cogidos, que viene á ser lo mismo, ¿cómo pueden Vds. correr los riesgos y peligros á que los arrastra un hombre que se oculta de Vds. mismos, un desconocido?

— ¿Nos es desconocido, replicó Karl con fuego, aquel que lanzándose el primero en la lucha, permanece siempre el último en ella; aquel que no reclama en la distribución la parte del león; aquel, en fin, que hace levantar, implacable, la tapa de los sesos, al que infringe una de sus órdenes? Yo te juzgaba solo tonto, pero estás loco, pobre Karl; mas basta de charla; estamos en el observatorio, como dice nuestro jefe; apénas se duerma nuestra gente, una luz en el alto.

— ¡Tonto, loco! se dijo Karl á sus solas. ¡Ah, qué bien hacen de tener buenos ducados!

Realzado á sus propios ojos con esta consoladora reflexión, Karl encendió filosóficamente su enorme pipa, cuando un nuevo personaje, un militar esta vez entró en la posada pidiendo algunos jarros de cerbeza para los camaradas que venian detrás, una botella de buen vino para su capitán, y pienso para sus caballos.

Karl, que habia adivinado de quien se trataba, obedeció al punto, y fué en seguida á enseñar el pajar al sargento.

Apénas volvió á entrar en casa, cuando se le apareció Frank nuevamente.

— Una advertencia, dijo, poniendo la mano en el hombro de Karl; es necesario preverlo todo; si, lo que no es de esperar, hubiese pelea, y si, lo que aun es mas difícil, te hallases tú en ella, prohibición por orden del jefe, bajo pena de la vida, de tocar á un cabello de su capitán, así lo quiere, es su capricho.

— ¡Batirme, se dijo Karl, cuando volvió Frank la espalda; contad con ello, hijitos míos!

Sin embargo, al poco rato comenzó á sentirse ruido de pisadas, la partida llegaba, y mientras los unos cuidaban de los caballos, los otros precedidos por su capitán, ponian una caja bastante pesada bajo la mesa, cubierta con los jarros de estaño pulido y los vasos.

— Bebed, muchachos, dijo el capitán á su gente reunida, y descansen un poco, como es preciso.

Orden tan agradable fué regularmente ejecutada, y pocos momentos despues, los jarros llenos se vieron desocupados. Solo Hermann, á quien otras ideas impedían en pensar en la sed y el cansancio, probó apénas el vino que le hizo servir un sargento. Así fué, que cuando el soporífico comenzó á trastornar las cabezas, y á moverlas de derecha á izquierda hasta que se inclinaron sobre la mesa, él sintió solamente en el cerebro cierta ligera pesadez, no desprovista de encanto porque daba á sus recuerdos un perfume embriagador de realidad.

No obstante, Karl se habia dado prisa á eclipsarse y á poner la señal convenida, á los primeros síntomas de sueño; despues, acordándose que tenia que hacer una diligencia urgente en las cercanías, abandonó su posada al cuidado de la Providencia, y se fué apresuradamente á pasar la noche fuera de su casa.

La escena siguiente fué mas rápida que el pensamiento. Apercibir la señal, bajar de sus guaridas, penetrar en la posada, rodear á los soldados, dirigirse á la famosa caja, fué obra de algunos segundos; pero en este instante, Hermann, cuya cabeza se habia doblado, mas bien á impulsos de un dulce ensueño, que á los del vino preparado que habia bebido, se levantó repentinamente, se lanzó hácia la caja, y pidió socorro con voz de trueno.

— Es inútil, caballero, le dijo cortesmente un hombre enmascarado, que parecia el jefe de la banda; no le responderán á Vd.

— ¡Cómo! ¿habria Vd. cometido la infamia?...

— De adormecerlos, sí señor. Permita Vd., añadió, intentando sin aspereza separar á Hermann de la preciosa caja.

Pero el peligro convertía á Hermann en un león. Sin contar el número de sus enemigos, tira de su espada, y con los ojos brotando fuego, la nariz dilatada, la boca entreabierta, se lanza hácia el jefe, á quien hubiera partido en dos, si este no hubiera parado el golpe con su daga; si bien es cierto que daga y mano cayeron al suelo, y que el jefe, cubierto de sangre, cayó en los brazos de los suyos.

Pero ya porque las imprecaciones de los bandidos fueran terribles, ó porque los soldados no hubieran

bebido lo bastante para que ningun ruido los despertara, lo cierto es que el sargento abrió los ojos, y no los volvió á cerrar, porque una enérgica interjección de Hermann, contra quien los bandidos, exasperados á la vista de la sangre de su jefe, se dirigian furiosos, lo despertó completamente.

— ¡Animo, mi capitán! ¡aquí estamos todos! gritó y punzando á los durmientes con la punta del sable, todos se levantaron inmediatamente, dispuestos á vender cara la vida que querian arrancarles, al parecer, á todo trance.

Durante algunos minutos, no se vieron entre aquellas cuatro paredes mas que esfuerzos sobrehumanos, gritos, blasfemias, ruido de cuerpos derribados, olas de sangre que corrian; el jefe se habia incorporado, y ¡cosa extraña! parecia como si no le preocupara mas que una sola idea, la de proteger á su joven adversario de los golpes de los suyos.

La buena causa triunfó. Los bandidos que no cayeron fueron cogidos y atados, su jefe con ellos, á pesar de que intentara darse muerte con la mano que le quedara. Todos fueron conducidos á la ciudad mas próxima, y de allí á Viena para que fueran juzgados.

Hermann continuó su viaje, cumplió su comision, y volvió al lado de Alejandrina el dia mismo en que iba á fallarse la causa del hombre de la máscara y su gente.

Inútiles fueron las tentativas que hicieron la preciosa rubia y el dichoso capitán para pasar juntos las primeras horas del regreso del último; la señorita Catalina se habia procurado billetes, y fué preciso seguirla; nadie pudo eximirse, ni el general por la gota, ni el conde Fritzen, á pesar de sus nervios, porque es de saber que este hombrecillo era muy nervioso.

Alejandrina, que se habia colocado casualmente en el rincón mas oscuro de la tribuna, olvidó muy pronto á culpables y á jueces, porque Hermann los habia acompañado, y habia tenido la audacia de tomarla una mano. Lo mismo sucedió con el general y el conde, empujados en una discusión, en la cual el uno ponía toda su tenacidad, y el otro la irritabilidad que le habian excitado sus rechazadas pretensiones.

Unicamente la señorita Catalina se volvía ojos y orejas, y prestaba al héroe del dia la atención que le era debida.

— Hermann, dijo de repente el general volviéndose hácia el gracioso grupo, ¿ha visto Vd. á su padre? Me parece que ha debido Vd. pasar por muy cerca de donde él está.

— No lo he visto, mi general, hacia tres semanas que habia salido fuera.

— ¿A cazar, quizás?

— Así lo creo, mi general.

— ¿No lo veremos pronto? preguntó Alejandrina, ruborizándose con la significación de este pronto.

— Una carta le he dejado con este objeto, contestó el joven conmovido tambien, y lo aguardo de un instante á otro.

— ¡Tanto mejor, pardiez! dijo el general, es un antiguo amigo, de quien me han separado las circunstancias, y que volveré á ver con placer; cabeza caliente que no ha podido soportar ciertas injusticias, que han roto su carrera, pero sin perder la estimación de sus camaradas; lejos de eso, si hubiera querido volver al servicio, hubiera sido recibido con los brazos abiertos.

— Lo que me dice Vd. de mi padre, mi general, me admira, porque siempre lo he visto tan frio, á pesar de su ternura, que jamás hubiera sospechado en él la viveza á que alude Vd.

— Eso es porque los años han caido encima, hijo mio.

— Nosotros dulcificaremos esa gravedad con nuestro cariño y nuestros cuidados, porque se vivirá con nosotros, ¿no es verdad, padre mio? preguntó Alejandrina.

— ¡Silencio! dijo Catalina, ¡silencio! escuchen Vds.

— Acusado, permaneced en pié, decia el presidente, y responded lealmente á las preguntas que os dirige el tribunal. Ugier, haced quitar la máscara al acusado.

— Mas tarde, contestó el acusado, rechazando al ugier con un ademán. La máscara no me sustraerá al rigor de la ley, permitid que la conserve.

— Eso es contrario al reglamento.

— ¡Lo pido por favor!

— Imposible.

— A lo ménos por unos instantes.

— Hasta la publicación de la sentencia.

El acusado se inclinó, y pareció mas tranquilo.

— Acusado, ¿qué edad es la vuestra?

— Sesenta y dos años.

El auditorio se estremeció, y la señorita Catalina sintió cierto disgusto.

— ¡Desgraciado anciano! pensaron Alejandrina y Hermann.

— ¿Vuestro nombre?

— Hermann.

— ¿No teneis otros?

— Ningun otro que yo quiera decir.

— Acusado, reflexionad antes de responder, no queráis enagenaros la indulgencia con un silencio inoportuno.

— He dicho.

— Debe de ser algun gran señor extranjero, se dijo Catalina.

— ¿Habeis nombrado vuestro defensor? continuó el presidente.

— Para nada lo necesito.

— ¿Quereis uno de oficio?

— No señor; si es preciso, yo mismo hablaré.

— Voy á resumir los hechos que han sido reconocidos en los precedentes interrogatorios.

Un movimiento de atención se notó en todo el auditorio. El acusado permaneció en pié, con la cabeza erguida. El presidente tosió, y se explicó en los términos siguientes:

— Estais acusado y convencido de haber incendiado y saqueado, vos ó los vuestros, las propiedades inmensas del conde de Harmstadt; de haber robado y secuestrado su mujer y sus hijas en un sepulcro de piedra, donde han vivido diez y seis años con pan y agua.

— Y donde estarian todavia, dijo el acusado, si yo mismo no las hubiera puesto en libertad.

— No me interrumpais. Ayudado por vuestra infernal compañía, habeis atraído por ocho veces á emboscadas traidoras á portadores de gruesas sumas del tesoro imperial, de las cuales os habeis apoderado, despues de haber asesinado á la mayor parte de sus conductores.

— ¡Dios mio! exclamó Alejandrina, aterrorizada y acercándose involuntariamente á Hermann, como si quisiera sustraerle al peligro que habia corrido.

— ¿Qué respondeis á tan terribles cargos? preguntó el presidente.

— Nada.

— ¿Quién ha podido arrastraros á semejantes crímenes?

— ¿Qué os importa? ¿No seria preciso, para satisfacer la necesidad de conmoverse que siente el auditorio, que refriese una á una las injusticias de mi vida, que me ofreciese en holocausto á la curiosidad de los ociosos que llenan este recinto, ávidos de recoger mis palabras para entretenerse con ellas en sus reuniones? Las causas se quedan para mí y para Dios. El tribunal conoce los hechos, que pronuncie; ya sé la sentencia.

El presidente iba á hablar, cuando Hermann, no pudiendo resistir al impulso de su conciencia, salió de la tribuna, y se fué á la barra.

— Perdon, señores, ¿es permitido cumplir con un deber sagrado?

— ¡El! se dijo el acusado estremeciéndose, y llevando la mano á su máscara.

— ¿Quién sois vos? preguntó el presidente.

— Hermann Breutt, capitán de dragones de S. M.

— Os debemos tan importante captura, dijo el presidente inclinándose, hablad pues.

— Apoderándome de este jefe, dijo Hermann, creo que he cumplido con mi deber de hombre y de soldado; pero tambien cumplo hoy con otro declarando que si se encuentra hoy en este sitio, es porque, con una generosidad inexplicable, se ha ocupado mas en proteger mi vida, que en defender la suya. Suplico al tribunal que tome esto en consideración.

— ¡Noble Hermann! pensó Catalina.

— Gracias, capitán, le dijo el acusado; lo que haceis prueba la nobleza de vuestro corazón.

Despues de algunos momentos de deliberación, el presidente volvió á tomar la palabra, y se puede decir que todos los circunstantes estaban pendientes de sus labios.

— Acusado, se va á pronunciar vuestra sentencia; descubrid.

— ¡Oh! jamás, jamás, contestó el hombre enmascarado, ¡ahora ménos que nunca!

— Ugieres, cumplid con vuestro deber, dijo el presidente inflexible.

A pesar de los mas enérgicos esfuerzos, el acusado fué descubierto.

— ¡Gran Dios! exclamó Hermann, retrocediendo espantado, con la vista extraviada, y las manos extendidas como en ademán de rechazar una terrible vision.

— ¡Su padre! dijo el general.

— Pero no, no, gritó Hermann, acercándose precipitadamente; soy víctima de alguna horrible semejanza, Vd. no es, Vd. no puede ser.

Aprovechándose del estupor general causado por tal suceso, el desgraciado anciano se apoderó de la espada de su hijo, y logró clavársela en el corazón con la mano izquierda, antes que se hubiera podido prever su intento.

— ¡Hijo mio, dijo al caer, olvido y perdon!

— Padre mio, respondió Hermann afligido, el mundo no olvida, pero vuestro hijo os perdona!

Y atravesando la multitud, que se abria enmudecida ante tan grande infortunio, el joven no quiso volver á ver á ninguno de sus amigos, y salió de Viena aquel mismo dia.

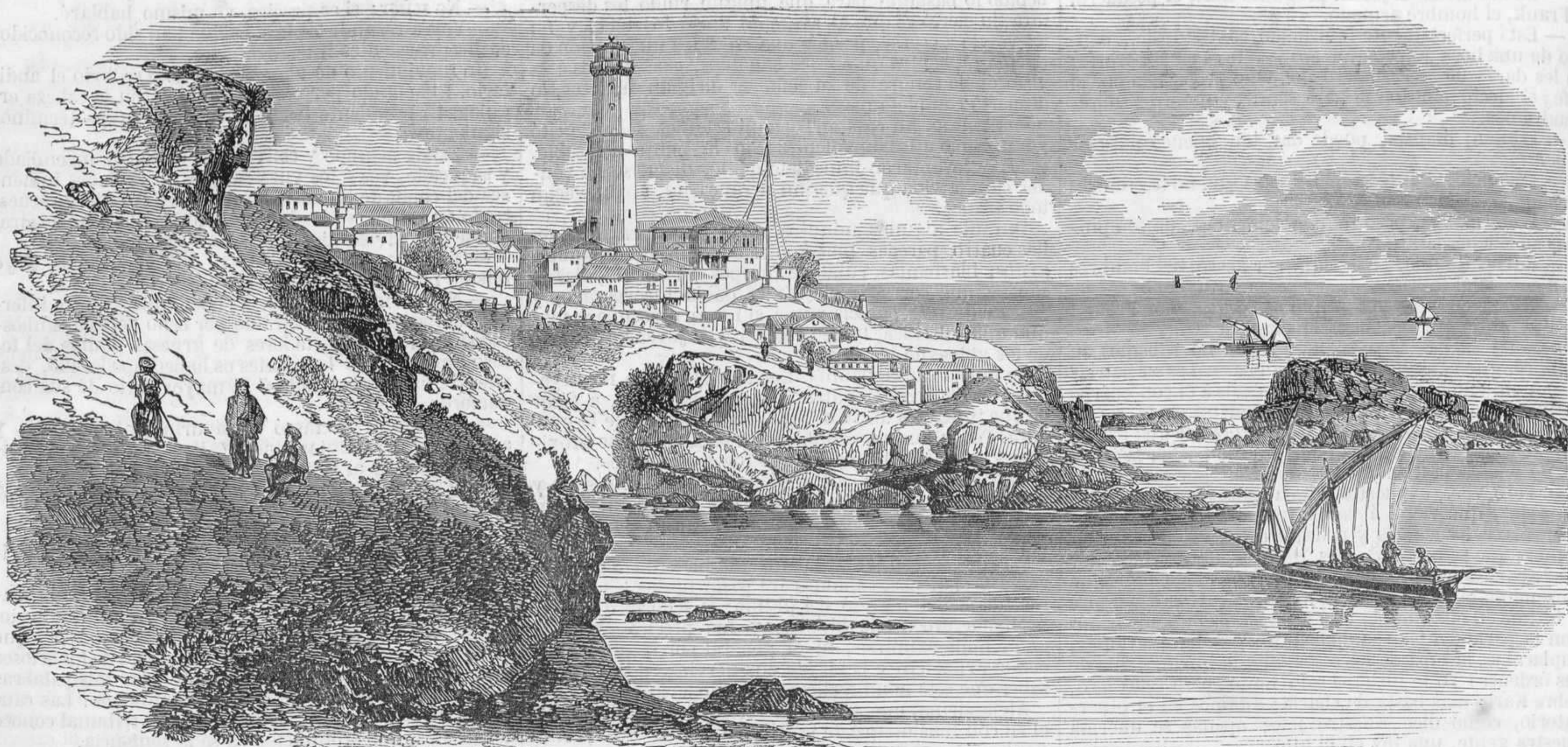
Cuéntase que despues de su partida, el general, su hija y su hermana, deseosos de viajar, dejaron tambien á Viena, y que despues de muchas peregrinaciones se fijaron cerca de Ginebra, donde Alejandrina se casó con un joven de aspecto severo, un poco mas pálido que su antiguo novio, y al cual, despues de vencidas muchas dificultades, se convino, contra la costumbre, en que ella le daria su nombre en vez de tomar el suyo.

A. B.

Excursion sobre las costas septentrionales del mar Negro.

Artículo primero.

M. Javier Hommaire de Hell, despues de haber publicado su grande obra sobre la Rusia meridional y



Costas septentrionales del mar Negro. — Fanaraky.

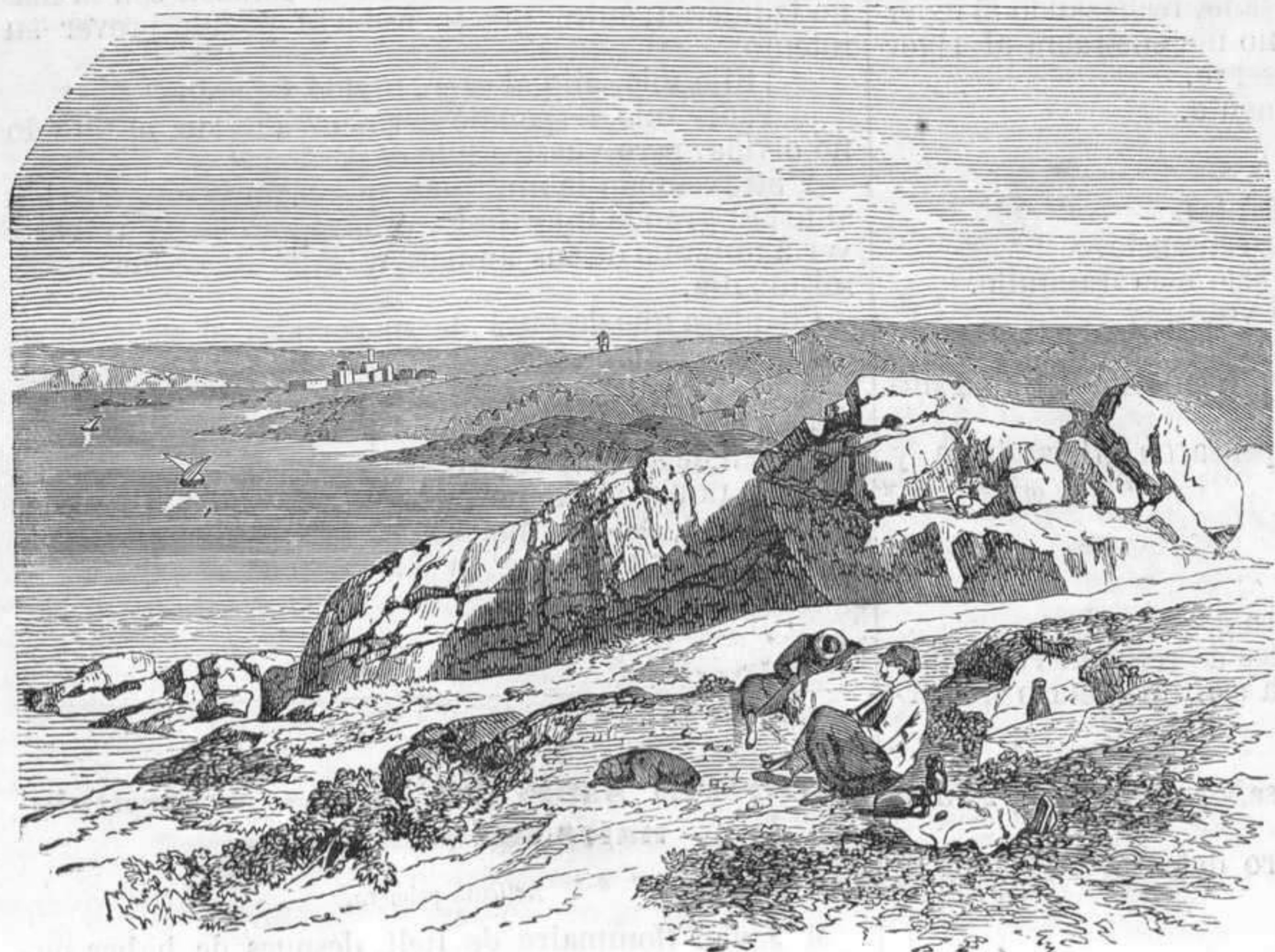
sobre las *steppes* del mar Caspio, y queriendo seguir adelante en sus estudios geognósticos y geológicos sobre el mar Negro, emprendió en el otoño de 1846 un viaje marítimo á lo largo de la costa, desde la entrada de este mar por el Bósforo hasta Varna, y por tierra desde este punto hasta Cus-tenjeh, volviendo á subir despues hasta Tchernovoda toda la línea del famoso canal llamado de Trajano, para bajar nuevamente el Danubio por Galatz, y estudiar sus diferentes embocaduras. Esta expedición, no ménos peligrosa que interesante, le suministró (además de los trabajos geológicos que en ella hizo) una porción de datos artísticos, comerciales y pintorescos, que consignó en su diario de viaje, del cual vamos á extractar los siguientes apuntes.



Marineros griegos.

LAS COSTAS SEPTENTRIONALES DEL MAR NEGRO.

Despues de haber doblado á la izquierda la punta Fanaraky de Europa, y despues de haber pasado el último castillo fortificado de Kildendereh, dominando á la vez el Bósforo y el mar Negro, se distingue á lo largo de la costa una serie de montones de traquito cuyas rocas trastornadas presentan las formas mas caprichosas. Las olas, siempre alborotadas en ese paso, dibujan con su blanca espuma la costa negruzca y abierta por muchos lados. Esa es la mar inhospitalaria (*pontos axenos*), así llamada por las antiguas colonias griegas que se fijaron en sus orillas desde la conquista de los argonautas, sinie- tra reputación que se perpetua á través de los siglos, y á pesar de los



Fortaleza de Kilkendereh.



Fuerte de Kilia.

progresos de la navegación, esa mar es muy temida en el día por todos los marinos que la frecuentan.

Su aspecto es doblemente terrible, porque contrasta con los encantos del Cuerno de Oro y del Bósforo: en todo el litoral no hañ señal de cultivo ni de ninguna habitación humana. Los únicos seres vivos que se descubren son los chorlitos y las *almas condenadas*, que se guarecen en las rocas, y cuyos escuadrones pasan rápidamente por la superficie de la mar, mezclando á sus grandes clamores su grito penetrante y lastimero.

Sin embargo, las masas traquíticas se abren de trecho en trecho, dejando á descubierto bonitos valles cuyo aspecto verdoso y apacible contrasta con la aridez y la tristeza general del sombrío cuadro que los rodea.

Nosotros hicimos alto en una de las pequeñas bahías formadas por la abertura de los valles. Llevada á tierra la barca (operacion indispensable cuando no se puede echar el ancla), salimos en busca de muestras geológicas y de puntos de vista. En efecto, al punto descubrimos un magnífico panorama: era la vista general que componian el mar, el perfil entero de la costa, la fortaleza de Kikendereh y la torre de Fanaraký (faro), cuyas blancas siluetas se dibujaban sobre los fondos teñidos de rosa del horizonte anatólico. Los sonidos de un cuerno de llamada nos advertian sucesivamente cuando llegaba el momento de los preparativos y de la marcha.

La primera bahía algo importante que se ve es la de Voussouniah, donde se hallan reunidas varias cabañas de pescadores; despues pasamos por delante del valle de Spartireh, defendido y casi cerrado por una muralla de rocas volcanizadas, á cuya vuelta se entra en la bahía de Kilia, donde pueden refugiarse en caso de mal tiempo las embarcaciones de cabotaje, que todo el año andan por las cercanías de aquella costa.

Como ya el sol estaba en el ocaso cuando desembarcamos en el cabo donde se halla la pequeña fortaleza de Kilia, nuestra tripulacion argonáutica principió a ver como podia acamparse. Tan ardientes como héroes que



Barco de pescadores griegos y búlgaros.



Puesto para acechar el paso del pescado.

pisan un suelo conquistado, la noche nos sorprendió rompiendo pedacitos de todas las rocas que encontrabamos, mientras mi compañero las dibujaba.

Una multitud de líneas terminadas en una bola y simétricamente plantadas sobre las murallas del fuerte, nos dió materia á las conjeturas mas extrañas. Hubo un momento en que nos parecian picas con cabezas humanas; las costumbres del país autorizaban algun tanto estas suposiciones, pero

luego nos convencimos de que eran atacadores para el uso de las piezas de artillería.

Esta primera noche, como casi todas las demás, la pasamos bajo la bóveda del cielo, tendidos sobre unas mantas sobre las arenas de la playa.

Así principiamos la ciega y pintoresca existencia que, para dos de entre nosotros, debia durar tres años.

Un imponente cañonazo (1) (*top*, como dice la lengua turca) que salió de lo alto de la roca que nos abrigaba, nos despertó ántes de amanecer; pero bien luego resplandeció con el sol el asombroso espectáculo que habíamos adivinado la víspera en el crepúsculo de la tarde.

Esta bahía de Kilia, donde íbamos á pasar cinco ó seis días, se halla completamente abierta á los vientos del Norte, y presenta muy poca seguridad en la mayor parte del año. Un mal muelle de 150 metros de largo, casi desmantelado, con un fuertecillo de piedras de colores, la dan cierta importancia á los ojos de los muchos pescadores y carboneros que frecuentan en épocas fijas esa pobre costa; pero es un sitio muy triste para aquel que busca allí un refugio.

Sintiendo mucho tener que volver atrás despues de una tentativa de salida, que nos salió mal por la violencia del viento, tuvimos que instalarnos de nuevo junto á la costa, que en esta ocasion nos ofreció un verdadero abrigo. La barca en donde flotaba la bandera tricolor vino otra vez á tierra, perseguida por tan fu-

(1) Era entonces el Ramazan, cuaresma de los turcos.



Establecimiento de pescadería.

riosas oleadas que, por momentos, estuvo enteramente sumergida.

Nuestro personal era el siguiente: 1º el capitán Janko, patron de la barca, con tres marineros, Stevri, Stamaki y Jani, cuatro tipos de picardía y aun de cobardía griega; 2º un tal José, parisiense experto en la cocina, y 3º M. Julio Laurens, pintor agregado á mí mismo, y el que suscribe.

Una simple barca de pescador (*caik*) cargada de instrumentos científicos y de viveres, debia conducirnos hasta Varna, y quizás hasta Galatz, á pesar de los muchos obstáculos que habia que vencer para ello, entre los cuales se



Segadores búlgaros.

contaba en primera línea el tener que luchar constantemente con elementos casi nulos, contra una mar sumamente variable por la posición y la latitud de sus costas; mar poco conocida cuyos arrecifes y sumideros la tienen privada de un buen puerto. Por el deseo de no perder nunca de vista un solo punto de la costa, para tocar á tierra si era necesario, me habia obligado á elegir una embarcacion que pudiese rozar la base de las rocas y penetrar en las mas pequeñas ensenadas, sin muchos inconvenientes de maniobra para detenerme cada vez que la naturaleza de mis estudios lo exigiese. Este modo

de viajar excita sin cesar la atención, acaso por el peligro que se corre.

La marcha de las nubes, el viento que refresca, una ola mas alta que las otras, la fisonomía de los remeros, los gritos de un chorlito, todo parece presagio ó advertencia.

Además, se encuentra uno tan aislado del mundo entero en frente de esa mar terrible y de esa línea de costas que prolonga á lo infinito sus promontorios, sus costas bravas y sus rocas abiertas, que se siente una especie de orgullo en medio de las mil impresiones de una situación tan extraordinaria. La creación parece que abre sus íntimos secretos. Aquellas rocas con mil formas, toda aquella naturaleza en desorden aparente, es como un libro abierto donde se lee de corrido la historia de nuestro planeta.

Para el arte y para la ciencia un viaje semejante es un manantial fecundo de inspiraciones. Todas las facultades de la imaginación están alerta, todos los instintos se exaltan en esa sucesión de efectos y de contrastes que se reproducen continuamente.

A veces suelen conmoverse los sentidos con esta contemplación sin límites: tanta calma, tantas armonías pueden cambiarse en tan poco tiempo en una horrible borrasca, que razonablemente no se puede contar mas que con la hora presente, y este presentimiento del peligro mantiene el alma en una exaltación casi perpetua.

Toda la noche tuvimos una buena hoguera, y uno de nosotros velaba alternativamente, precaución necesaria en un sitio completamente aislado.

En un largo paseo que dimos á la otra mañana con todas nuestras municiones de exploración y de trabajo, esto es, con un verdadero arsenal de armas de caza y de defensa, de instrumentos de ciencia y de arte, tuvimos la suerte de encontrar cerca de Voussounia á unos cincuenta búlgaros y griegos ocupados en echar sus redes á la mar con su gravedad característica.

Nuestra presencia excitó mucho su curiosidad, tanto que hubo varios que dejaron escapar algunos pececillos.

Esta escena, eminentemente pintoresca, se puso animada hasta lo sumo cuando se llenaron las redes; después la mayor parte de los pescadores entraron en una canoa especial para la pesca adornada al gusto bizantino, y pintada de colores chillones. Una docena de remeros se pusieron á bogar con tanta fuerza, que en un instante la embarcación desapareció por detrás de las rocas.

Estos hombres trabajan por cuenta de otros que comercian en grande con la pesca. En cualquier sitio donde se hallen peces y unos cuantos brazos en la playa vecina para ayudar á sacar las redes, se renueva en la primavera y el otoño la escena pintoresca que acabamos de asistir, que fué dibujada por M. Laurens.

El monopolio de este trabajo de pesca es el Bósforo y en las cercanías de su embocadura en el mar Negro, pertenece casi exclusivamente á los búlgaros, población marítima y agrícola al mismo tiempo.

Sus elegantes barcas se presentan en días y horas fijadas, surcando con una rapidéz y una fuerza extraordinarias las aguas del golfo de Buyuk'Dereh, que parece ser su cuartel general. El palamedes, especie de atun muy exquisito, constituye el objeto mas importante de su pesca. Los búlgaros dirigen tambien esos establecimientos de pesquería, que son una de las originalidades del país.

Desde Bechiktasch y Scutari hasta los fanarakys de Europa y Asia, por las dos orillas del Bósforo, se encuentran de esas pesquerías, que parecen cajones para perros, sostenidas por medio de unos palos torcidos; en lo mas alto se ve á un hombre en una inmovilidad y en un silencio eterno, inclinado hacia la mar, en cuyo fondo espía el paso de los peces; allí junto se halla preparado un cuadro de redes, que á la menor señal del vigilante caen sobre la pesca.

Una cosa mas primitiva si no mas pintoresca que estas cabañas aéreas, son unas simples estacas clavadas en el canal del Bósforo, á unos quince pies sobre el nivel de las aguas, donde se ve una figura humana acurrucada no se sabe cómo, y que es un búlgaro inmóvil. Largo tiempo he contemplado á esos individuos siempre en la misma postura, desde por la mañana hasta por la noche.

Al volver á nuestro campamento, el comandante del fuerte á quien fuimos á visitar, nos dió muy malos informes sobre los pescadores de por la mañana, que son los vagabundos de las cercanías; y temiendo que les hubiera dado la idea de atacarnos por la noche, nos quiso dar algunos hombres de su propia guarnición.

En otro paseo por las orillas del mar descubrimos una abertura que habian dejado las dunas en los valles pantanosos que hay por detrás; se sube un arroyuelo, cuya corriente apenas sens ble está cubierta de verdura, y en una de sus orillas se ven olas de una arena fina y brillante, llamada *santa* por los griegos de las cercanías, quienes se entierran en ella casi desnudos, y permanecen así horas enteras expuestos al ardor del sol, creyendo que se curan de las perniciosas calenturas que allí reinan.

Las casas de Kilia, agrupadas contra la roca y mirando al Oeste, sobre la vertiente del cabo, se parecen á todas las habitaciones que hallaríamos tanto en las ciudades como en las aldeas de la costa hasta Rusia. Compónense de un cuarto bajo, de piedras en bruto unidas con cal, y de un solo piso encima de madera con un techo puntiagudo de tejas. Poco se parece esto á esos famosos miradores, á esos tejados con azoteas que

se encuentran regularmente en todas las descripciones turco-orientales. Hasta en Constantinopla mismo se encuentra esta pobreza de construcciones, exceptuando sus bazares y mezquitas.

Kilia, así como Constantinopla, carece de palmeras y de azoteas: el Oriente no se ve allí sino en el traje de los indígenas, en los minaretes pequeños, pesados y macizos, en dos ó tres molinos de viento de un sistema particular, y en varios obeliscos de ladrillo que reemplazan ingeniosa y simplemente en el sistema hidráulico debido á los árabes, nuestros gigantes y costosos acueductos de Occidente.

Como solo en los cafés puede observar el viajero la vida de los orientales, yo hice muchas visitas al modesto establecimiento de esta clase que habia en Kilia. Nada en nuestras costumbres podría dar una idea de la calma y dignidad que reina en los cafés orientales. ¡Qué contraste ofrece este rústico *gavé*, embellecido sin embargo con mucho arte y pureza de gusto, donde una docena de pescadores y de soldados medio salvajes saborean su tacilla de café entre el humo de la pipa, con nuestras tabernas civilizadas, por no decir nuestros cafés de provincia, donde se bebe hasta la locura, se canta á grito pelado, y se habla de política!

La fiesta de los locos.

La edad media, la piedad, ó si se quiere la superstición popular, añadía á la etiqueta sacerdotal de las fiestas cristianas todo género de ritos extraños. Sucedia con tan libres y caprichosos corolarios, como con esos fantásticos dibujos iluminados que rodean con sus profanos arabescos el texto litúrgico de los antiguos misales. En las fiestas de Navidad era sobre todo cuando este risueño ceremonial soltaba la brida á sus caprichos. Todavía dura hoy un recuerdo de aquella bizarra costumbre, que acaba por el poético banquete de los Reyes, pues todos los años y en todas las familias, las frentes de los niños ciñen por espacio de una hora el turbante real de los Magos de la Epifanía.

Volviendo á los buenos tiempos, las dos cenas, ahora tradicionales, eran entonces casi místicas, continuaban la fiesta y hacian del *refectorio doméstico* una sucursal alegre de la Iglesia: de ellas salieron tambien esos encantadores cánticos que tanto se repitieron en la edad media. Los villancicos en efecto, eran hasta cierto punto la historia cantada, la crónica rimada de la Natividad. No hay duda que entre ellos los hay que mas parecen oriundos de las copas de hipocrís que del breviario. Así que concretándonos á sus habituales asuntos, no deben hoy citarse, tan solo por la forma ridícula con que fueron tratados por los rimadores de aquel tiempo. En efecto, cualquiera diría que algun fauno pagano mezclaba sus roncacos acentos á las rústicas zampoñas de los pastores, haciendo sobresalir sus irónicas modulaciones entre los piadosos conciertos.

Tal era sin embargo, la costumbre antigua: mezclaban abiertamente los cantos profanos en las ceremonias divinas, y no creían por eso faltar en lo mas mínimo á sus deberes religiosos. Improvisados los villancicos en la mesa, debían necesariamente resentirse del placer que los brindis hacian experimentar á los mas rudos de entendimiento: además habia una circunstancia que les da á nuestra vista un tinte engañoso de parodia y de malignidad.

Como cualquiera puede figurarse, las alegres rapsodias de año nuevo se cuidaban muy poco del color local, y cambiaban á su capricho tanto los trajes como los *misterios*. En una provincia endosaban á las pastoras judías de Belen chaquetillas turcas: en otra convertían la divina égloga del Evangelio en una horrible tragedia: cada ciudad, cada aldea introducía en escena sus costumbres, sus barbaridades locales, así como los vicios de su lenguaje. Así que, al abrigo de una naturalización reprensible, los usos de los pueblos fueron otras tantas canciones obligadas para las viejas comadres, que las repetían durante las noches de invierno al amor de la lumbre de los fogones.

Hasta aquí, según se ve, aquellas saturnales eran inocentísimas, pero vamos á verlas, aprovechándose de la indulgencia de la fiesta, penetrar en la iglesia, apoderarse de ella, y ostentar, hasta en los altares, su franca alegría, convirtiéndose en la *Fiesta de los locos*.

El origen de esta fiesta es antiquísimo, y es imposible precisar su fecha. En el siglo X existía ya en el Bajo Imperio, y se celebraba principalmente en las solemnidades que tenían lugar desde año nuevo hasta el día de Reyes. Su carácter distintivo era el mismo que el de las saturnales paganas, pues de igual modo que en la antigua Roma, los esclavos se convertían en amos, durante tres días del año, y en la fiesta de los locos, el clero proletario é inferior usurpaba, por un día en cada iglesia, los honores y las funciones del patriciado sacerdotal.

Aquel día, el subdiácono se ponía la mitra del obispo, el lego se apoderaba de las ropas del abad, el turiferario se hacia incensar, y el monaguillo obligaba á los mas encoquetados á que llevasen la punta de la cola de su burlesco traje. Mas para quedar absueltos de antemano de estas usurpaciones, para quitarles todo carácter de profanación y de sacrilegio, los actores de tan extraña farsa adornaban sus mitras y sus casullas con cascabeles, proclamando ellos mismos de este modo su

demencia, su ideotismo, *festum fatuorum*. Y no sin razón se habia elegido el día de Navidad para aniversario de tan ruidosas escenas. La Navidad es una fiesta preclara del Cristianismo; es un magnífico recuerdo del amor divino. Dios se convierte en niño y sonríe á los hombres; y durante la minoría del Rey del cielo y de la tierra, como dicen las canciones populares á que ántes hemos aludido, creían los hombres que bien podían permitirse muchas cosas. Aquella locura no era mirada por consiguiente como una profanación, sino como un exceso de júbilo, á que se entregaban las criaturas, por haberles llegado el Redentor del linaje humano.

Así hablaron los apologistas de la *Fiesta de los locos*, cuando los concilios alarmados quisieron prohibirla. Que el espíritu de la fiesta fuese siempre de una candidez incontestable, está fuera de toda duda; mas en razón de su misma inocencia tomó tan colosales proporciones, que llegó á hacerse temible, y por lo tanto se comprenden bien los anatemas de la Iglesia al ver los excesos que se cometían.

La primera y principal ceremonia de la *Fiesta de los locos* consistía en la elección de un abad, de un obispo ó de un arzobispo, con arreglo á las localidades. En las iglesias que se entendían directamente con la Santa Sede, se procuraba escoger nada menos que un papa. — *Unum papam fatuorum*. — El abad, el obispo y el arzobispo eran nombrados generalmente por los canónigos mas jóvenes, quienes elejían aquellas altas dignidades entre el clero, y por lo regular entre los subdiáconos, los curas de misa y olla y los seises. En cuanto al papa, no habia patan que no se creyese capaz de llegar á serlo. Cuando llegaba el día prefijado, todo el pueblo se convertía en un inmenso colegio de cardenales. Según se ve, aquella exaltación, por ridícula que fuese, tenia cierta significación cristiana; y la glorificación de los pequeños, de los humildes y de los niños, el mismo día en que Dios se hizo niño, humilde y pequeño.

Pero volviendo al papa de los locos, ya que las variaciones del ceremonial que se observaba en la elección de un obispo ó arzobispo son insignificantes, una vez reconocida y válida su elección, se proclamaban los nombres de los grandes dignatarios de su efímero poder, y luego lo abrumaban con las insignias de su burlesco pontificado. Capa cubierta de oropeles, tiara de carton, báculo de grosera madera dorada... nada le faltaba, y en la sacristía se colocaba un gran armario, en que se encerraban todas las prendas de tan ridículo traje. Se habian previsto todas las eventualidades, y así se conservaban en reserva ropas tales, mitras y capas de todas dimensiones, supuesto que nadie sabia de antemano si habia de ser grueso ó flaco, alto ó de baja estatura, el papa que quedaria electo. Se lee efectivamente en un antiguo inventario de cierta iglesia de York: « *Item*, un báculo para niño, con destino á la fiesta de los locos: *Item*, un anillo pequeñito para la misma solemnidad, etc., etc. »

El grotesco conclave del nuevo papa colocaba á este, después de adornarlo completamente, sobre unas andas, que llevaban doce mocetones de pelo en pecho, y de este modo era conducido por la población entre los silbidos, las carcajadas y las irónicas genuflexiones de sus habitantes. La procesion se dirigía después al palacio episcopal, y el papa quedaba instalado en él triunfalmente.

El verdadero obispo cedia por lo regular su puesto al temible intruso, mas si por casualidad se hallaba presente, debía levantarse para recibirle y tratarle del mismo modo que si fuese su primado. Para consignar el acto de su instalación, el papa de los locos se asomaba á todos los balcones del palacio: en el principal de ellos habia un tonel abierto, introduciéndose en él hasta medio cuerpo, y echaba la bendición al pueblo.

El acompañamiento pasaba después á la iglesia, en cuyo púlpito tomaba gravemente asiento el papa loco. Entonces era cuando la licencia traspasaba todos los límites, cuando la locura universal se desataba á velas desplegadas. El orden que hasta entonces se habia observado en la marcha de la bacanal, desaparecía, y la etiqueta burlesca se ocultaba entre los gritos y los dicharachos mas groseros.

El campo quedaba abierto á todas las extravagancias: una multitud de clérigos enmascarados se agitaba sin cesar al rededor de las columnas de la nave; supuestos canónigos, que solo tenían de tales los trajes que habian usurpado, cantaban con desahogados berridos himnos y salmos sin ilación ni concierto. Los turiferarios echaban en los incensarios pedazos de morillas y de zapatos viejos, cuyo nauseabundo olor aspiraba con delicia el papa de los locos, al paso que otros soplaban sus cenizas, dirigiéndolas á los ojos de los celebrantes. Por último, el papa loco se levantaba, y su limosnero, tan ridículamente ataviado como él, concedía en su nombre indulgencias burlescas, en las cuales deseaba á los circunstantes dolores de estómago y de muelas, males de corazón y plagas de hambre y de tiña.

Concluida la función religiosa se perdía aquel cínic carnavalesco en las calles de la población, recorria sus mas inmundos barrios, y se veía muchas veces perseguido á pedradas por otros locos que se empeñaban en aprovechar aquella favorable ocasión de dar en que entender á la justicia del rey.

En muchos pueblos, la fiesta de los locos se convertía en fiesta del asno. Se escogía entre las principales familias de la clase media un joven que representase la Virgen; ponían en sus brazos un niño, la colocaban sobre un asno magníficamente adornado, y el capítulo la llevaba procesionalmente á la iglesia, instalándola al

ado del Evangelio. El asno, dirigido por dos fingidos canónigos, tomaba puesto delante del faristol, y uno de ellos, despues de saludarle respetuosamente, entonaba con toda la fuerza de sus pulmones la célebre canción llamada *Prosa del asno*, cuyo estribillo repetía el pueblo al final de las estrofas.

Despues llevaban el asno al coro, en el cual le tenían ya preparada una gran mesa provista de avena y de legumbres cocidas: los canónigos proclamaban en alta voz los nombres de los convidados del burro. Llegaba hasta tal punto el abuso que hacían de los sentimientos y hasta de la irracionalidad, si así podemos explicarnos, que hemos leído lo siguiente en un ritual antiguo: «Al fin de la misa, el sacerdote se volverá hacia el pueblo, y cantará, *ite missa est*; el pueblo rebuznará, *hinhinabit*; y luego dirá tres veces: *hin, ham, hin, ham, hin, ham.*»

Esto parece increíble. El idiotismo de un pueblo entero que rebuzna y se bestializa hasta tal punto; la severidad y grandeza de un pueblo cristiano, convertidas en teatro de las locuras y desenfreno de la multitud delirante, cosas son que no se comprenden, que repugnan de una manera que ni aun puede explicarse. ¡Qué mucho que los santos concilios anatematizasen y prohibiesen indignados semejantes escándalos! Y sin embargo tenían lugar en pueblos que creían y adoraban todos los misterios de la Divinidad. Su misma locura era un homenaje, una adoración; pero la ignorancia introducía en aquellas solemnidades, religiosas y puras en el fondo, el cieno de las pasiones mundanas y los malos instintos de la barbarie.

En una iglesia de Constanza existe un cuadro que simboliza perfectamente la fiesta de los locos. Es una adoración de los Magos, por Wolmuth. El pintor ha elegido el momento en que la caravana de la Epifanía llega al portal de Belén con sus camellos, sus elefantes y sus dromedarios, que componían la riqueza principal de Melchor, Gaspar y Baltasar. Estos reyes presentan sus místicos dones: Melchor el incienso y Baltasar el oro, mientras Gaspar, el monarca etíope, besa los desnudos pies del niño Jesús.

Entre la comitiva ha introducido el artista la figura de un enano negro, sin duda el loco ó bufon de Gaspar, que se rie á carcajadas, como significando el placer del universo entero por la llegada del Mesías prometido. Pues bien: la fiesta de los locos era en las solemnidades de año nuevo, lo que es el bufon enano en el cuadro de la Natividad de Wolmuth.

Ya hemos dicho que aquellas saturnales eran sumamente peligrosas, y que la profanación, aunque involuntaria, era evidente. Así pues, nunca admitió el alto clero como tolerables semejantes farsas, pues al contrario fueron perseguidas constantemente, desde que se observaron los abusos, los excesos, los grandes desórdenes que constituían sus verdaderos elementos. Los concilios, los sínodos provinciales, los soberanos pontífices, los arzobispos y los obispos, las proscribieron, las anatematizaron y las declararon impías, licenciosas, diabólicas y abominables á los ojos de Dios.

La fiesta sin embargo se repetía todos los años, y sus encomiadores tenían siempre á mano un arsenal de razones especiosas para defenderla: la principal descansaba en la costumbre, en la tradición, en el ejemplo que las generaciones habían heredado de las que les habían precedido.

Grande fué la resistencia que opuso la locura ántes de quedar destruida. El pueblo loco era una maravilla, un placer inexplicable, un goce infinito: actor y espectador de sus extravagancias, se reía de sí mismo, y no tenía que echar en cara á nadie sus bárbaras excentricidades.

La moralidad, la sana razón, la pureza de la fe cristiana, consiguieron al fin un triunfo completo sobre la ignorancia. La fiesta de los locos desapareció para siempre, y ya no resuenan en los templos cristianos los gritos de una muchedumbre ebria y desenfrenada; ya no rebuznan los pueblos, ni rinden homenajes á la que es temida por la mas vil de las criaturas irracionales.

CANCION.

Como en la noche cálida
Del aromoso estío,
Al susurrar del céfiro
Se aduerme el mar bravío;
Del mundo así las lágrimas,
Las penas y dolores,
Trueca en celeste júbilo
El soplo del amor.

En vano al hombre, trético
Cerca el feroz quebranto,
En vano ruge indómita
La tempestad del llanto,
Y el hado golpa túrbidos
Sus ódios y rencores;
Que hasta la muerte es plácida
Al soplo del amor.

Desde su trono fúlgido
El dictador eterno,
Contra el tra dor espíritu
Monarca del Averno,

En este valle mísero
De crímenes y errores,
Dióle al mortal el bálsamo
Divino del amor.

J. H. GARCIA DE QUEVEDO.

Una historia de ayer.

La que vais á leer tiene todas las apariencias de una fábula, porque se trata de un hombre virtuoso en nuestros días: también se asemeja á una de esas relaciones que creemos haber leído ya en alguna novela, y cuyo recuerdo medio borrado nos persigue, como la conclusión de un sueño. Mi relato no obstante, es completamente auténtico: escuchadlo pues con atención.

Villequier es una aldea normanda, situada en la embocadura del Sena, á una legua de Caudebec, la ciudad predilecta del buen Enrique. Figuraos en un delicioso valle rodeado de bosques sombríos y encantadores, unas cuantas miserables casas rústicas, ocultas entre los copudos árboles, como nidos entre zarzales: el Sena, ancho y poderoso río en aquel sitio, lame los umbrales de dichas casas, las cuales baña, ó mejor dicho, inunda dos veces al día, en la época de las grandes mareas equinocciales.

En Villequier, último término del terreno habitable, supuesto que el camino desaparece de pronto delante del viajero, el Sena llena todas las necesidades, porque se convierte en todo; en camino, en comercio y en industria. Además ofrece á los pobres pescadores del país viveres en abundancia: en una palabra, el Sena y la carrera del pilotaje son los únicos recursos de aquel territorio.

Una iglesia, obra maestra agreste de pequeñas proporciones, levanta su altivo companario sobre las copas de los árboles; el autor de las *Meditaciones* ha escrito una bellísima elegía, que parece aplicable á aquel solitario templo.

Vivia y aun vive en Villequier un honrado piloto mercante, que despues de haber recorrido por mar las cuatro partes del mundo, y haberse sacrificado por su país, como buen ciudadano, se convenció de la necesidad que tenía de casarse, y de descansar de sus fatigas: si algun hombre merece disfrutar en esta vida algunos instantes de sosiego, nadie negará al marino esta ventaja. Despues del matrimonio llegaron los hijos, y con estos las escaseces, que ya eran grandes ántes de que se aumentase la familia.

El mayor tenía unos diez años, y prometía ser un buen marino, pues ni era perezoso ni cobarde: siempre estaba alegre y causaba un verdadero placer el oírle cantar cuando preparaba la barca de su padre. No había en los alrededores un muchacho que sostuviese tanto la voz en los puntos altos; era un canario ó un ruiseñor. «Aun cuando cantes sin cesar desde la mañana hasta la noche, le decía su padre, y aunque lo hagas mejor que todos los pájaros del bosque, solo tus brazos te proporcionarán el sustento, y nunca podrás alimentarte con la música.

El piloto tenía en Rouen un hermano, y este fué á buscar al padre de nuestro cantor, como le llamaban, y le dijo:

— Deja que lleve conmigo al muchacho, pues sabes que estoy bien acomodado; haré que sea un hombre laborioso, si los hay: tengo ahorros, el cielo no me ha dado hijos, y será mi heredero.

El padre deseaba que el cantor no se separase de su lado, porque era su mejor alhaja, como que se iba haciendo ya mozo, adquiría fuerzas y se aficionaba á la pesca: consideraba por lo mismo como una desgracia el privarse de estas ventajas; pero al fin habló tanto y tan bien su hermano, que el joven cantor se despidió de su familia con el corazón oprimido y el bolsillo harto ligero.

Llevóle su tío á Rouen, donde encontró, entre los aprendices de su edad, buenos camaradas que le cobraron mucho afecto, pero que no pudieron hacerle olvidar el Sena, Villequier, sus bosques, sus alquerías, y los demás recuerdos de su infancia. La voz era únicamente lo que le quedaba, y halló en la música al principio un consuelo y despues un placer. ¡Era tan feliz cuando, creyéndose solo, se entregaba á esas melodías que parten del corazón, á esas frases musicales que nos parecen tan dulces y tan fáciles, que han producido los grandes maestros del arte! Continuamente le interrumpían los bravos de sus compañeros y de cuantos le oían, y aquella aprobación de unos hombres ignorantes hacían palpitar su corazón de artista. Parte del dinero que ganaba era para ayudar á sus padres, y para enviarles algunos regalitos de la capital del departamento; el resto le servía para frecuentar el teatro.

¡El teatro! ¡Sueño de su infancia, objeto de su existencia, su querido Eldorado! Oír todos los días la preciosa música de los mas celebrados compositores, penetrarse de ella con un ardor inexplicable, apropiársela y hacerla oír á los demás... ¡Qué júbilo! En cuanto á la idea de presentarse en la escena, con la cual soñaba despierto, era para él un delirio, un imposible, en el cual no podía ni debía pensar.

Y con todo, la reputación de nuestro cantor se aumentaba: tuvo admiradores y luego maestros; el prefecto quiso oírle en sus reuniones, y el teatro le admitió en sus coros. Era un artista.

¿Y creéis que en su familia causó esta transformación

un verdadero placer? En manera alguna. El padre había imaginado mejor porvenir para su hijo; una buena tienda ó una barca bien dispuesta le hubieran convenido mas. ¿Quién hubiera creído, cuando el joven cantor iba á visitar á sus padres y hermanos y le pedían que entonasen un aria, que había de llegar el día en que se *hiciese oír por dinero*? ¡Pisar las tablas un joven educado tan devotamente! ¡Qué horror! Se resistió largo tiempo, mas por último le fué preciso resignarse, porque tal era su vocación.

Cierto día dió orden el director de la Academia Real de Música para que ajustasen al que ya no debemos llamar *cantor*, sino *cantante*. Diéronle maestros, y se le concedió una asignación: en fin, hizo su *debut* y siguió su carrera.

El resto nadie puede ignorarlo, porque, como ya he dicho, esta historia es verdadera.

El hijo del piloto, el pescador de Villequier, el aprendiz de Rouen..... todos lo conocen en Francia: es Poultier.

Despues de salir del teatro de la Opera, ha perfeccionado su estilo y completado sus estudios en sus viajes. Hoy es un verdadero artista; mañana tal vez le llamarán un grande artista, un artista creador. Entre tanto se contenta con ganar mucho dinero, sin haber dejado de mostrarse, como en otro tiempo, hijo excelente, hombre honrado y generoso, y buen amigo de todos los que á él acuden.

Con la primera suma que pudo reunir volvió á su país. La casa paterna se estaba desmoronando de vieja y quiso que se reedificase á sus expensas, haciéndola mas grande y cómoda; pero el viejo piloto no accedió á ello, diciendo que todavía conservaba algunos ahorros y dos fornidos brazos, capaces de manejar los remos. Poultier dispuso de lo que su padre no quería en favor de su hermana, á la que dotó é hizo feliz. Concluidas las excursiones que hace á las provincias ó al extranjero, vuelve lleno de oro á Villequier al seno de su familia, que le ama tiernamente, se informa de las necesidades de sus queridos paisanos, y las remedia con largueza y sin ostentación. A este adelanta dinero, que tiene buen cuidado de no cobrar; á aquel regala redes nuevas, y le presta lo necesario para que compre una barca, suponiendo que quiere tener parte en las ganancias de la pesca; por todas partes esparce en su país los tesoros de su beneficencia.

Y ahora que os he dado á conocer al artista y al hombre caritativo, permitidme que os refiera dos hechos que le conciernen, á fin de completar su historia.

Poultier estaba dando en la capital de la Normandía varios conciertos, con una concurrencia tan numerosa y constante, como nunca se ha visto en aquel teatro. Aquello era un verdadero entusiasmo, un delirio increíble: repetidas ovaciones probaban al artista que el público de Rouen, tacaño, cruel é injusto para muchos, sabía apreciar su talento y su carácter.

Paseábase por el muelle pensando con enternecimiento en los días de su primera juventud, destinada á la humilde condición de pescador. De pronto le distrajo de sus ideas la presencia de un hombre, cuyas facciones recordó confusamente. Al ver al artista, aquel hombre se volvió bruscamente y prosiguió su camino, mas Poultier le reconoció, y le detuvo diciendo:

— ¿Cómo es eso, amigo mio? Cuando tengo el gusto de volver á verte, ¿tratas de evitar mi encuentro? ¿Con qué ya no te acuerdas de tus antiguos compañeros?

— Es que... caballero, los tiempos han cambiado mucho desde entonces... Vos sois ahora un hombre rico, un cantante, un... ¡cómo diablos se dice!... un artista, al paso que yo, pobre diablo, siempre soy Juan el gordo, como ántes. Por fin, me he casado.

— ¿Y tu mujer?

— ¡Oh! En cuanto á eso, nada tengo que decir; buena, respetuosa, amable y económica; pero somos pobres, porque tengo tres hijos.

— Tanto mejor, repuso Poultier.

— ¡Diablo! Tanto peor, habréis querido decir.

— Tanto peor ó tanto mejor... como quieras, pero yo me entiendo. Dame las señas de tu casa, pues deseo conocer á tu familia.

— ¡Mi casa está lejos de aquí, en Martinville, al lado de los arrabales; además es muy triste y poco limpia; ya sabéis que los pobres...

— No importa; iré á ella.

Los dos amigos se separaron, pero el día siguiente á la hora convenida entraba Poultier en la habitación de su antiguo camarada, á quien preguntó, despues de saludar á su mujer:

— ¿Y tus hijos?

— Los dos mayores están en la escuela, y el tercero en esa cuna.

Poultier se acercó á ella, besó al niño, y metió debajo de su almohadilla cuarenta luises.

¿No era un encantador que acababa de hacer dichosa á una familia entera?

En otra ocasión rogaron á Poultier que se prestase á cantar en una función á beneficio de los establecimientos de beneficencia.

— Consiento en ello, respondió el artista, pero quiero por mi trabajo *mil y quinientos francos*.

Accedióse á su demanda, y tuvo efecto la función. Al día siguiente dijo Poultier al subprefecto del departamento:

— Os entrego mil quinientos francos que la administración del teatro me ha pagado de sus fondos particulares por haber cantado anoche: yo los destino para alivio de los pobres.

El portazgo del Nilo.

El portazgo del Nilo es una obra gigantesca que permanecerá aun en medio de los monumentos del antiguo Egipto como una prueba del arte moderno, llevando consigo el sello del atrevimiento y de la utilidad.

El Nilo tiene como el mar sus oleadas y sus tempestades, dando cabida á diez mil metros cúbicos de agua por segundo. Este espectáculo no puede uno presenciarse sin experimentar cierto sentimiento de gozo, pensando que este río, indómito hasta ahora, va á recibir dirección de un poder que moderará sus trasportes y sus excesos para utilizarle en favor de la agricultura y la navegación.

Era precisa toda la audacia del genio de Mehemed-Alí, para concebir un proyecto que combatian todos sus ministros, y que considerado por todos los pueblos de Europa como una verdadera locura, declaraban su ejecución como totalmente imposible. Es verdad que Mehemed-Alí tenía á su servicio un ingeniero francés de carácter resuelto, lleno de erudición, que ha estudiado con ardor todos los recursos del arte y que sabe emplearlos hábilmente.

Se empezaron pues los trabajos del portazgo, contando solo para llevarlos á cabo con la voluntad de Mehemed-Alí, y la resolución del ingeniero, y la cabeza del Delta, que no era mas que un desierto cubierto de zarzas y de espinas, habitado por serpientes y por los rebaños de jabalíes que durante la noche venían á comer bajo las tiendas de los empleados y trabajadores, se fué cubriendo como por encanto de talleres magníficos donde el vapor presentaba sus maravillas á los estupefactos egipcios, y los ladrillos, el yeso y los morteros, junto con los golpes de las picas, la animación de los operarios y decisión de los directores, ofrecía un espectáculo de actividad grande é interesante; entónces cesaron todas las oposiciones sordas, y los poetas árabes

cantaron la gloria de Mehemet-Alí y el triunfo del arte sobre el poder de las aguas.

El 9 de abril de 1847 se puso la primera piedra por el mismo Mehemet-Alí, en presencia de todos los jefes de la religion. Se hizo una súplica sobre la sangre de cincuenta búfalos degollados en la plaza, siguiendo de este modo los antiguos usos, y ante todos los cónsules de las potencias extrañas y de todos los altos funcionarios del país, invitados por el gobernador. A esta fiesta fueron convidados tambien los quince mil hombres de tropa que formaban el cuerpo de obreros; tan gran número de convidados traía á la memoria las bodas de Camacho aunque las dejaban muy atrás. La cocina se hallaba ocupada por trescientos cocineros ó marmitones, que asaban enteros los bueyes y los carneros, y en el patio que habia fuegos artificiales, danzaban bailarines árabes y volteadores argelinos, completando el espectáculo con dos pirámides de Marruecos.

La utilidad de esta famosa obra es reconocida hoy por todo el mundo.

Los trabajos del campo están divididos en dos grandes categorías; los cultivos del invierno que comprende los cereales, el trébol y el lino, para lo que se aprovecha la inundación natural del río que tiene lugar en todo el mes de setiembre, y los cultivos de verano que forman los productos mas ricos, como el algodón, el añil, el azúcar, el cáñamo, etc. En esta época, como el Nilo está bajo, era necesario elevar el agua con dos máquinas que despues de ser sumamente costosas, estendian muy poco sus beneficios. Para mejorarlas ha ordenado Mehemet-Alí el portazgo que hace subir la superficie del río á una altura bastante elevada para que las aguas recorran todos los campos cultivados, y producir así en el estío por medio del arte los frutos que ántes se daban solo en invierno. Además como el río abandonado á sí mismo tiene muchas inundaciones, que son demasiado fuertes unas veces por los desastres que causan, y otras demasiado pequeñas para que re-

porten ninguna utilidad, resulta que esta desigualdad y esta inoportunidad en los riegos, léjos de ser provechosa, malograba muchas veces las mejores esperanzas del cultivador. El portazgo remedia todos estos inconvenientes, y asegura á todo el bajo Egipto la cantidad de agua necesaria para satisfacer sus necesidades agrícolas.

Este era el objeto que se habia propuesto Mehemet-Alí. El portazgo tal cual ha sido concebido por Mongel-Bey, ingeniero que ha dirigido los trabajos, consiste en dos puentes-portazgos, unidos á la cabeza del Delta, el uno sobre el brazo de la Rosette, y el otro sobre el de Damietta, y enlazados sobre ellos por un muelle inclinado de 1500 de longitud, que forma una especie de espolon para separar las aguas del río. De un extremo á otro de los dos portazgos hay una media legua de largo, ocupada por la masa de agua del Nilo, que ofrece en este paraje el golpe de vista mas magnífico.

Tres canales de 100 metros de longitud reciben el agua por la parte superior del portazgo, y se hallan destinados á extenderlas por todo el bajo Egipto; uno de ellos atraviesa el Delta; el segundo la provincia de Alejandría, y el tercero la del Este, que separa el Egipto de la Siria.

Por consideraciones de política extranjera, Abbas-Pachá, hijo de Mehemet-Alí, ha entibiado los trabajos, y no ha querido concluir por ahora mas que la parte de albañilería de los dos puentes; pero la obra está ya pronta para hacer sus pruebas y fertilizar las tierras, y se puede tener la seguridad de que un día ú otro será acabada; porque una idea justa y útil podrá hallar obstáculos, pero no se pasa mucho tiempo sin que estos se venzan y se recojan los frutos. El ingeniero que ha sido olvidado por el gobierno, hallará la justicia y los honores que le son debidos por la habilidad, vigor y perseverancia que ha desplegado en esta empresa, que será una de las glorias de Mehemet-Alí y de Abbas-Pachá, al mismo tiempo que labrará la fortuna de Egipto.

X.



Recepcion de Cristóbal Colon en Barcelona en 1493.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres. Cada número se compone de 16 páginas de impresión sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.

Para la HABANA.....	\$ 12 fuertes.	Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO.....	\$ 15 " "
— el interior de la ISLA DE CUBA.....	\$ 13 " "	— el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA.....	\$ 16 " "
— PUERTO RICO (San Juan).....	\$ 12 30 mscq.	Un número suelto.....	3 rs. fs.
— el interior de la ISLA DE PUERTO RICO.....	\$ 18 50	— VERA CRUZ y TAMPICO.....	\$ 13 fuertes.
— las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESA y COSTA FIRME.....	\$ 12 fuertes.	Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.
— la PROVINCIA DE CUMANÁ.....	\$ 12 75 "	— MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CÓRDOVA, JALAPA.....	\$ 15 fuertes.
Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.	— todo el interior de la República.....	\$ 18 fuertes.
— la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes).....	\$ 14 " "	Un número suelto.....	3 1/2 rs. fs.